

Edita: Asociación Jorge Adolfo Freytter Romero Elkartea
Zumarraga, 5. Bajo derecha
48006 Bilbao (Bizkaia)
www.freytter.eus / web@freytter.eus

Colaboran: Arrasateko Udala - Ayuntamiento de
Arrasate-Mondragón
Agenda 2030 Euskadiren Konpromisoa - Eusko
Jaurlaritza - Gobierno Vasco

Edición: Noviembre 2025, Bilbao, País Vasco

Diseño y Maquetación: Camilo García Martínez

ISBN: 978-84-09-79068-5

Depósito legal: LG BI 1416-2025

CLAVELES PARA UN ENTIERRO CUALQUIERA

Mauricio Andrés Pabón Lozano

Para Carla P.

Prólogo original – Primera edición (2014)

Una tarde me encontraba en una pequeña sala de un hotel de Caracas, compartiendo una comida con un amigo. Mi amigo fumaba un habano y hablaba con la certeza de sentirse viejo y sabio, sin advertir que ninguno de los dos había llegado a los veintiséis años. Trataba de convencerme de visitar otra capital de América Latina, donde en pocos días estaríamos frente a frente con un personaje extraño y, según él, nos encontraríamos con la historia¹.

Así nació este libro. Porque no solo obedecí a mi amigo; acompañé en cuatro oportunidades a quien hoy algunos conocen y yo conozco como Mateo Torrado.

¿Hay literatura en estas páginas? Lamento decir que no. En cualquier caso, la literatura de compromiso invita tarde o temprano al diálogo. Creo que he dicho más de lo que debía. Cierro este prólogo confesando dos textos que rondaron mi mente al escribir estas páginas: *Fiebre*, de Miguel Otero Silva, y *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, de Omar Cabezas².

Les dejo con el ánimo voluntario de comenzar la lectura y de abandonarla si no está en su punto. Este libro ha combatido contra mí y parece que está venciendo.

M.A.P.L.

CARACAS, 2009

¹ Esta aparición del “personaje extraño” funciona como detonante mítico. Representa el instante en que el narrador rompe con su cotidianeidad y entra en el territorio de la historia.

² Ambas obras son pilares de la narrativa político-revolucionaria latinoamericana. Otero Silva representa el compromiso venezolano; Omar Cabezas, la crónica revolucionaria nicaragüense desde una voz autobiográfica.

Prólogo del primer editor

Hace once años, en 2014, tuve la buena oportunidad de ser el primer editor del pequeño libro de relatos *Claveles para un entierro cualquiera*. Su autor, Mauricio Pabón Lozano, apareció un día en nuestra oficina de la Editorial-Imprenta en Santa Teresa del Tuy (Miranda, Venezuela), de repente, como aparecen los personajes de sus relatos¹. Él llegó y de inmediato se unió a la empresa de sueños literarios que teníamos entonces: un grupo, una revista, un movimiento, una red, una comunidad de camaradas enarbolando hermosas quimeras². Mauricio, aunque siempre se mantuvo como una especie de *outsider*, tal vez en su papel inconscientemente interpretado de “trotamundos”, aunque sin ser nunca un extraño, sino un entrañable amigo, nos acompañó fraternalmente en muchas actividades.

Y, por supuesto, era de los que se quedaba por horas y horas conversando con nosotros, capaz de improvisar los más elocuentes discursos, así como los mejores chistes; siempre repentista³, ayudándonos a reír, a andar, a comprender las acepciones más altas del compromiso y la lealtad. Sin dejar de ser él mismo siempre, como sus personajes... Y es que Mauricio es así: un personaje encantador, que así como apareció un día, de repente, otro día se alejó también, y solo supimos que se había ido de viaje. Es que esencialmente tanto el autor como su libro son así: repentistas. Mauricio Pabón Lozano es un encantador repentista, cuya mayor capacidad es garantizar que las más agradables sorpresas de la vida no desaparezcan del mundo.

Claveles para un entierro cualquiera fue, desde la primera vez que lo hojeé, exactamente eso: una muy agradable sorpresa. Debe haber sido el año 2012 o 2013. Lo cierto fue que en 2014 el libro vio finalmente la luz. Le hicimos dos presentaciones: una primera,

muy humilde, cerca del sector donde él vivía, y luego otra en la propia FILVEN, en Caracas, en 2015. En aquella oportunidad, otro gran amigo, Leonardo Delgado Torrealba, presentó también su primer libro de poesía: *Vástago ebrio*. Ambos libros son “hermanos” editoriales, pues nacieron juntos⁴.

Eran tiempos en que aún se vivía una especie de luto nacional no declarado por el fallecimiento del presidente Hugo Chávez, en marzo de 2013, cuyo entierro y velorio es aún hoy tal vez el más grande que se haya visto en Latinoamérica⁵. Millones y millones de personas de todo el continente. Meses y meses de gente que iba a verlo y llorarlo en su Cuartel de la Montaña todos los días, tras interminables filas en las que podían durar varios días. Y, por supuesto, junto al luto por ese líder, se vivía un luto por el propio país, que ya comenzaba a desmoronarse moralmente⁶.

Por un lado, decretado “amenaza inusual y extraordinaria” y, por tanto, bloqueado por el gobierno de turno de la Casa Blanca desde abril de 2014⁷. Y por el otro lado, comenzando a ser víctima de un populismo que generó el llamado “Dakazo” en noviembre de aquel mismo año y desconfiguró en dos años todo lo que se había construido en doce⁸. Venezuela pasaba de ser el país con el salario mínimo más alto del continente (reconocido así internacionalmente, de manera consecutiva, durante los años 2009 a 2011), a caer a niveles no vistos desde finales de la década de los ochenta del siglo XX: escasez, caída precipitada del poder adquisitivo, servicios básicos perdiendo cada vez más calidad...

En fin, el año 2014, acabada abruptamente y en casi todos los sentidos la llamada “Era de Chávez”, la cual se mantenía —y se mantiene— apenas en un discurso aprendido de memoria pero totalmente divorciado de la práctica, marcó el contexto histórico de la publicación de *Claveles para un entierro cualquiera*.

Hablamos de un libro doloroso, como arrancado de una piel incapaz de soportar ya una costra causante de un ardor insoportable. Esa costra que es sangre propia, pero coagulada, podrida, seca, incómoda, cuyo único destino es servir para la cicatrización y luego caer... Pero el libro de Pabón Lozano no cae⁹. Es un libro que “vence” a su autor, como él dice en su texto introductorio.

Porque no es solo el dolor del emigrante y refugiado que recorre el mundo en busca de un país, su amada Colombia de cuna, preciosa madre que se le perdió entre guerrillas, masacres, narcotráfico, injusticias, corrupción y desamores. Es también la fiesta de la resiliencia, la esperanza, la lucha, el rescate de los valores altruistas, el deseo genuino de justicia y un amor por toda la humanidad. Es con esta mirada que *Claveles para un entierro cualquiera* observa esa otra patria amada de nuestro Caribe: Haití.

Haití, seguido de Colombia y Venezuela, sirven como ejes transversales en la geografía que mapea los relatos finamente hilvanados, tejidos como una novela tramada de retazos de diferentes telas, pero conformando un solo telar¹⁰. O más bien un telón de fondo: el del individuo asombrado que recorre un continente en busca de una respuesta para la soledad interna que lo abruma tanto como lo atrae. Argentina, México, Guyana, Brasil también aparecen referenciados.

En la orquestación de personajes que recorren el libro, tenemos en primer lugar a Mateo Torrado (probable alter ego del autor), que en otro contexto del libro es llamado “el hombre de bata blanca” (en alusión a sus estudios de medicina), y junto a él veremos a dos mujeres que aparecen en una nostálgica secuencia de desamores: Verónica Jácome primero y Rosita Lozano después.

Mateo Torrado tiene, a su vez, una cercana relación de amistad con el otro personaje que recorre el universo ficcional de *Claveles...*: Renzua

Andrés, una especie de exguerrillero colombiano que en otro relato aparecerá como firmante de una carta, denominándose "el último hijo del millonario pobre". Junto a Renzua aparecen dos mujeres: Magnolia y Beatriz, siendo la primera de ellas la coprotagonista de una tensión amorosa en donde un tercer personaje aparece: Danilo ("la mujer no es del cineasta").

Una sensación de fracaso, de sueños aturdidos, un circo inverosímil de ridículos existenciales, enmarcan la vida de estos personajes, vistos desde la óptica de Torrado con cierta piedad. Tal vez con la misma piedad con la que Torrado observa las realidades inauditas de Haití. Realidades confusas, situaciones críticas y muchas veces extremas que el personaje vive en su viaje a Haití, que le sirve también como impulso para gestar este libro. Perturbado, afligido, pero a la vez intentando nunca perder un esperanzado sentido del humor, en el relato de "La mujer del tren de las cinco" asistimos a una duda inquietante:

¿Se trata de una escena en que vemos a Renzua y Magnolia?
¿O son Danilo y Magnolia?

En otro momento, aparece la pareja de Augusto Noriega (¿tal vez alusión a Carlos Augusto Noriega, exministro del Trabajo de Colombia?) y Marlene Castaño.

En otro relato cercano al final, Renzua y Magnolia encuentran a una niña rubia llamada Lili en su apartamento, para casi inmediatamente desaparecer para siempre por una ventana... A menos que sea ella misma la que reaparece, como sugiere la trama, en un yate, unida a un millonario llamado Gonzalo, en Argentina, e invitando a Renzua a disfrutar de una especie de banquete para él solo sin justificación alguna.

Otra pareja en estos relatos es la de Jorge Fuenmayor y Claudia. Otro personaje es Martín Barbosa, y un guerrillero llamado Mohammad Jattin que es "como si fuera" el mismo Renzua Andrés a la hora de asistir a una reunión.

Lo que vemos, en general, son personajes multidimensionales, realidades alternas y escenas típicas del realismo mágico en donde las cosas inexplicables pueblan la realidad cotidiana¹¹. Así, la prosa de Mauricio Pabón Lozano se nos hace cálida, cercana, afectuosa. Comenzamos en él entrando por los ojos de un aprendiz de periodista y estudiante de medicina, metido en la lucha revolucionaria, pero no veremos las visiones reduccionistas de un reportaje, ni la mera crónica de un médico en labor social, ni mucho menos un texto doctrinario e ideologizante de izquierda.

La puerta que se nos abre desde las primeras líneas de *Claveles...* es la de la sensibilidad, la del sentimiento de fraternidad y de una solidaridad universal. Y cuando vamos adentrándonos en el mundo interno de este libro, nos encontramos con personajes que son movidos por sus impulsos humanos más contradictorios, por sus deseos de justicia, pero conflictuados con una situación socioeconómica que los oprime, y viviendo una situación amorosa o sentimental que no siempre les da los dulces o placeres de la vida que debería o podría darles.

Pero *Claveles para un entierro cualquiera* sí nos ofrece un placer lector real. Una experiencia de una literatura vívida, que incluso dentro de la ficción, no nos miente. Que desde la ficción nos habla de realidades irrefutables y conmovedoras: la miseria en Haití y la invasión estadounidense que padece; las tensiones sociales históricas de dos países tan hermanados como Colombia y Venezuela; y una sensibilidad latinoamericana que busca estremecernos visibilizando algunas de las cosas más difíciles de comprender en nuestro continente, en nuestros pueblos, en nuestras sociedades, en nuestras individualidades.

São Paulo, 30 de mayo de 2025.

Isaac Jeremías Morales Fernández

¹ La llegada de Mauricio recuerda a los personajes de realismo mágico: súbita, cargada de significado, improbable pero cierta.

² La editorial se describe como un movimiento contracultural que daba cabida a voces alternativas: una pequeña utopía literaria.

³ La figura del “repentista” se asocia al arte de la improvisación oral en la tradición llanera y costeña. Aquí se le transfiere al escritor.

⁴ “Vástago ebrio” comparte fecha y espacio editorial, lo que convierte a ambos libros en “hermanos” de contexto.

⁵ El funeral de Hugo Chávez fue uno de los eventos públicos más multitudinarios del siglo XXI en Latinoamérica.

⁶ El luto colectivo se proyecta como símbolo de la descomposición moral del país post-Chávez.

⁷ La “amenaza inusual y extraordinaria” fue un decreto de la administración Obama que intensificó las sanciones a Venezuela.

⁸ El “Dakazo” fue una medida de control de precios que causó euforia consumista y el colapso de inventarios comerciales.

⁹ La metáfora de la costra viva que no cae simboliza el carácter perdurable del dolor y de la obra.

¹⁰ La imagen del telar representa la técnica narrativa de relatos entrelazados que forman una sola historia.

¹¹ La narrativa está marcada por elementos de lo insólito, lo simbólico y lo real maravilloso.

Prólogo del autor – Segunda edición

El cardenal Konrad Krajewski llegó a las 6:30 de la tarde con evidente prisa, pero conservando la calma habitual que lo había llevado al Vaticano. Su cabello plateado evocaba la imagen de un entrenador de béisbol, pero al hablar era evidente la elevada posición que ocupaba.

Era ya de dominio público que era la tercera persona no anunciada que accedía no solo a las oficinas del papa Francisco, sino también a sus aposentos; era el brazo del papa en temas de atención social y recaudación de fondos para los llamados “pobres de los pobres”¹.

Al entrar en el dormitorio, Krajewski nos miró a todos con un aire misterioso, semejante al de un director de cine buscando actores para su proyecto. Yo me encontraba en aquel instante en extremo frío, discutiendo sobre teología posmoderna con el padre Alberto, quien resultó ser un erudito en tales temas, además de una persona honorada proveniente de la lejana Panamá.

Cuando Krajewski irrumpió de forma abrupta, comprendimos de inmediato dónde residía el poder en aquella sala. Venía en busca de colaboradores para tareas que, aunque no directamente relacionadas con su propia casa cardenalicia, terminaron en una audiencia de diez minutos con el propio papa Francisco.

Para mi desdicha —o dicha, dependiendo de cómo se interprete—, en una atmósfera donde reinan tanto la paz como la intriga de las pasiones humanas, no fui elegido en el selecto grupo. Sin embargo, la buena fortuna me deparó nuevos caminos: una nueva audiencia, esta vez pública, y una vía más cercana de correspondencia con la Secretaría de Estado del Vaticano. Allí, tras algunos intercambios, me confirmaron

que Francisco había leído mi carta, aunque sin promesas de ningún tipo.

La hermana Sebastián, curtida en temas de Estado y derecho canónico, me confidenció en secreto que mi tesina había llamado la atención; sin embargo, al no ser teólogo, su estructura tenía limitaciones que impedirían pasar de la tercera oficina. Aun así, me animó diciéndome que el talento y la valentía estarían siempre de mi lado. También me aconsejó no intentar llegar a Francisco por la vía de los cardenales, pues en aquel mundo se sospecha de todos y de todo, y que debía procurar terminar mi estadía tal como había llegado: en paz.

Con el tiempo comprendí que la hermana Sebastián era una mujer sabia, cuyas palabras nacían de una experiencia concreta, y en cuya mirada apacible latían recuerdos de experiencias menos dulces.

Dos días antes de mi regreso a Bilbao, me entregó dos entradas (perdóname, hermana, por hacer público tu gesto) y me dio su eterna bendición. Me preguntó también si todo estaba en orden respecto al boleto de regreso.

Tres semanas más tarde, estando en Arrásate, fui puesto en contacto con el héroe de guerra mexicano Héctor Ibarra Chávez, quien me hospedó generosamente en su casa en la Ciudad de México, sin cobrarme un solo céntimo, honrando con ello su apellido vasco².

Este héroe me acompañó hasta la frontera con la República de Miguel Ángel Asturias³, donde fui detenido por la mafia local. No obstante, al constatar que era un trabajador de la cultura proveniente de Colombia y que no disponía de dinero en efectivo, me dejaron en libertad. Les ofrecí cinco dólares, y uno de ellos me dejó ir con un gesto de desconcierto, asombro y educación.

Cuando regresé a Madrid, recordé los cuentos de este libro, publicado por primera vez en 2014 en Caracas, Venezuela, bajo el auspicio del Ministerio de Cultura, y presentado ese mismo año en la Feria Internacional del Libro.

Aunque concebido como un libro de cuentos —como notará el lector atento—, también puede leerse como una novela corta, pues la atmósfera ficticia y barroca que los envuelve da lugar a una variedad de conjeturas: desde un perro capaz de sostener un diálogo hasta encuentros atemporales con el barón Samedi⁴ y las loas que acompañan el vudú.

Seguía de cerca la obra de Alejo Carpentier, comenzando por Los pasos perdidos, seguido de El siglo de las luces y El reino de este mundo⁵; la magia de aquellos libros, más la influencia poética del autor y su maestría en el detalle, me convencieron del tipo de narrador que soñaba ser.

Por esos días había leído Las confesiones de Jean-Jacques Rousseau, y me había conmovido su tono sincero de relatar y su capacidad para comprender la naturaleza humana. También había terminado de leer La montaña es algo más que una inmensa estepa verde de Omar Cabezas y Fiebre de Miguel Otero Silva. Luego leí La piel de zapa de Honoré de Balzac y El túnel de Ernesto Sabato.

Fue entonces cuando decidí seguir los pasos perdidos de Alejo Carpentier, iniciando en persona un viaje de trabajo de campo por el estado Bolívar, en la frontera de Venezuela con Brasil. Este viaje exploratorio me tomó dos años de movimiento constante, en parte porque me enamoré de la indo-venezolana Carla P., a quien dedico los diez cuentos del libro, salvo el último texto, que dedico a un amigo de Colombia.

Carla, de religión hinduista y de un pasado lleno de espiritualidad, me ofreció un apoyo moral invaluable, contribuyendo a formar una cosmovisión más amplia y profunda, algo esencial para un narrador de provincia.

Seguí la ruta de ese viaje hasta Ciudad Bolívar, pasando por Guasipati, Upata y El Dorado, hasta llegar al kilómetro 88 para iniciar el rumbo que me llevaría hasta el magnetismo, el hechizo y el encanto primigenio de la Gran Sabana venezolana.

Fue entonces cuando emprendí un viaje aún más arriesgado: crucé a Brasil, con pocos o casi ningún dólar, para llegar a Lethem, en Guyana. Viví todo como si siguiera el guion de una película dirigida por un cineasta que realiza su ópera prima. Allí caí enfermo, tal vez de malaria, paludismo o disentería — nunca se supo—, y quedé tendido en una cama, sudando como un caballo de carreras y lejos del amor de Carla.

Pensé que moriría, pues la fiebre no cedía y el desamparo crecía con cada mosquito que me visitaba. Al final, decidí regresar a Venezuela. Durante el viaje de vuelta recibí una carta desde Colombia, donde se me informaba que algunos hombres, aplicando un manual llamado de Beelzebú⁶, introducían alfileres industriales en las yemas de los dedos de los detenidos. El Estado de derecho de mi país miraba hacia otro lado, y el concierto de naciones guardaba silencio⁷.

La carta concluía con una advertencia: “No regreses a Colombia. El demonio dirige el país; están desmembrando cuerpos inocentes”. Me sumí en una tristeza inédita en mi vida, acompañada de noches horribles, episodios lacrimógenos y una desdicha cercana a la pérdida total de las ganas de seguir adelante.

Los cuerpos inertes se presentaban como victorias militares, celebrando triunfos inexistentes y representando los peores capítulos de nuestra historia. Comprendí por qué se dice que la primera víctima de un conflicto es la verdad⁸; sin embargo, me costaba aceptar la baja con la que se conducía el país.

Fue entonces cuando decidí escribir los diez cuentos siguientes, de los cuales resultaron 332 páginas que el primer editor suprimió bajo mi consentimiento. Lo que se salvó es el texto que usted sostiene ahora en sus manos.

Dos años después de escribir el libro, emprendí otro viaje desesperado hacia la República Dominicana, la noble tierra del sabio Juan Bosch⁹, para luego vivir dos años, cinco meses y catorce días en Haití.

Para el invierno de 2019, llegué a Basauri para completar dos conferencias, enmarcadas en la preocupación de los responsables de esta edición por la situación de Haití, un país que solo supo brindarme amor, justo cuando creía que había tocado la última canción de mi misterio.

De aquella época en Santa Elena de Uairén, recuerdo con afecto al dirigente social Carlos Larraga, al director de la biblioteca pública Osvaldo Fuenmayor y a la licenciada Nadilza Casadiego.

No puedo cerrar la puerta de mis recuerdos sin evocar a la abuela, fundadora del hotel de tres estrellas que lleva su nombre. Era una señora en extremo pudiente, de quien nunca llegué a saber su verdadero nombre.

Esta señora, en un principio, me confundió con un sobrino de un expresidente de su país; luego, con una encarnación del más allá, y al final, con un simple peregrino. Había mostrado interés en donarme una casa, además de nombrarme recepcionista de su hotel y visitante habitual de su residencia personal.

Sin embargo, su avanzada edad interrumpió sus deseos más puros, y partió de este mundo con el afecto de todos quienes la conocieron.

Hoy, gracias a la honorable Asociación Jorge Adolfo Freytter Romero¹⁰ en su sección cultural, este libro vuelve a los lectores, después de diez años, revestido de la misma unidad, inocencia y desconcierto de sus personajes.

Espero que esta ocasión nos permita reencontrarnos en Irati, junto a Xabier Llodio Olalde¹¹, profundo conocedor del

conflicto colombiano desde 1948 hasta los turbulentos días que dieron origen a estos cuentos.

Este libro ha combatido contra mí, y parece vencer.

Mauricio Andrés Pabón Lozano
Arrásate, 27 de abril de 2025

¹“Pobres de los pobres”: Expresión usada por el papa Francisco para referirse a los más necesitados, aquellos marginados incluso dentro de los sectores vulnerables.

²Apellido vasco: Se alude a un linaje familiar con raíces vascas, resaltando el orgullo y la herencia solidaria de ese origen.

³República de Miguel Ángel Asturias: Juego literario que une la figura del Nobel guatemalteco con una referencia imaginaria de exilio.

⁴Barón Samedi: Espíritu (loa) del vudú haitiano, asociado con la muerte y la resurrección.

⁵Alejo Carpentier: Escritor cubano clave del “realismo mágico” y del barroco literario latinoamericano.

⁶Manual de Beelzebú: Metáfora oscura que sugiere tortura sistemática; Beelzebú es una figura demoníaca del imaginario religioso.

⁷Concierto de naciones en silencio: Crítica a la indiferencia de organismos internacionales ante la violencia estatal.

⁸“La primera víctima de un conflicto es la verdad”: Aforismo célebre atribuido a Hiram Johnson (1917).

⁹Juan Bosch: Intelectual y político dominicano, defensor de la democracia y la justicia social.

¹⁰Asociación Jorge Adolfo Freytter Romero: ONG colombiana que trabaja por la memoria de las víctimas de desaparición forzada y conflicto armado.

¹¹Xabier Llodio Olalde: Intelectual y activista vasco vinculado a procesos de paz y memoria histórica en América Latina.

Prólogo de la Asociación Jorge Adolfo Freytter Romero

Cuando en el año 2014 se publicó por primera vez *Claveles* para un entierro cualquiera, en la ciudad de Caracas, pocos imaginaban que aquel libro de cuentos sería mucho más que una brillante ópera prima. Fue, también, la puerta de entrada a un universo narrativo impregnado de magnetismo, misticismo y una notable ternura que no se despegaba del lector. Aquel primer encuentro con la voz de Mauricio Pabón Lozano marcó el inicio de una amistad entrañable entre el autor y nuestra Asociación Jorge Adolfo Freytter Romero, vínculo que se mantiene hasta el presente con el afecto y la admiración intactos¹.

La presente edición conmemorativa nace del compromiso que tenemos, desde nuestra Sección Cultural, con la promoción del pensamiento crítico, la defensa de los derechos humanos y el fomento de una literatura que dignifique lo humano desde sus márgenes². Porque el libro de Mauricio —hombre espontáneo, encantador hasta el hechizo, de humor noble incluso en los momentos más adversos— representa justamente eso: una celebración de la vida aún en sus rincones más sombríos.

No es casual que el autor haya vivido en lugares tan diversos y simbólicos como Haití, el Vaticano, Grecia, México y Bélgica³. Su experiencia vital, marcada por el contacto con realidades profundamente humanas y complejas —como la frontera dominico-haitiana, que tan bien conoce como abogado y conferencista—, se refleja en cada cuento con la sensibilidad de quien ha vivido para contar⁴. En 2019, fue invitado por nuestra asociación a impartir dos conferencias en Basauri, y no tardamos en advertir que su pensamiento se alinea profundamente con los principios que promovemos: justicia social, memoria, cultura crítica y democracia⁵.

Claveles para un entierro cualquiera no es simplemente un conjunto de cuentos. Es una ofrenda narrativa. Desde las primeras líneas, el lector se sumerge en atmósferas cargadas de vudú, misterio y humanidad⁶. Cada uno de los diez relatos entrega personajes que parecen moverse entre lo real y lo encantado, dejando una estela de inocencia y belleza. Esa mezcla tan particular —casi alquímica— entre lo político y lo poético, entre lo mágico y lo verosímil, convierte al libro en un objeto narrativo singular. En 2015, su presentación en la Feria Internacional del Libro de Venezuela confirmó lo que quienes lo leímos sabíamos: estábamos ante una obra llamada a perdurar⁷.

Decía el propio autor en el prólogo original: “Este libro ha luchado contra mí y parece vencer”⁸. Quizás por eso esta segunda edición ampliada y comentada es también una victoria compartida. Un triunfo de la literatura sobre el olvido. Una afirmación de que los claveles, aun para un entierro cualquiera, pueden ser también celebración, canto y renacer.

Publicar hoy nuevamente este libro no solo nos honra: nos compromete.

Sección Cultural

Asociación Jorge Adolfo Freytter Romero

Bilbao, 1 de junio de 2025

¹. Primera edición publicada en Caracas bajo el sello editorial El Perro y la Rana, febrero de 2014.

². La Asociación Jorge Adolfo Freytter Romero promueve una cultura crítica desde el País Vasco, con especial énfasis en memoria histórica, justicia social y defensa de los derechos humanos.

³. Las experiencias del autor en estos países han influido significativamente en su producción narrativa.

⁴. El autor ha abordado en conferencias internacionales el complejo contexto haitiano-dominicano, desde una perspectiva jurídica y sociopolítica.

⁵. Las conferencias de Basauri se centraron en procesos de memoria histórica y desplazamiento forzado.

⁶. El vudú como telón de fondo simbólico aparece en varios cuentos del libro, en particular en los que remiten a Haití y su cosmovisión.

⁷. La participación del autor en la FILVEN 2015 consolidó la recepción nacional del libro.

⁸. Fragmento extraído del prólogo original de la primera edición.

HAITÍ

Llegamos a las siete

Debo confesar que fue un vuelo difícil, en parte porque probé el peor whisky de mi vida. A mi lado venía un francés llamado Matéu, feliz por una razón peculiar: había aprendido a hablar castellano. Su condición de luchador social le permitió permanecer en Venezuela durante cuatro meses, tiempo suficiente para dominar el idioma que marcaría su vida. A mí, que nunca llevo dinero en efectivo ni de ningún tipo, me financió el viaje un político honesto, quien, de sus ahorros, me confió setecientos dólares estadounidenses con la condición de que nunca revelara su nombre. Así llegué aquella mañana a Puerto Príncipe, con la ilusión de escribir algo sobre Haití.

Encontrar una dirección en una ciudad destruida

Mi generoso amigo haitiano, Emanuel, me entregó en Caracas un sobre con la dirección del apartamento donde pasaría las noches en Haití. Como estaba previsto, el contacto de la cancillería me fue a buscar, algo que agradeceré toda la vida. Me dio el santo y seña y dos botellas de agua mineral. Le dije al diplomático que mi proyecto era construir un reportaje completo sobre la situación en Haití, centrado en las Fuerzas de las Naciones Unidas, y que necesitaba seguridad para acercarme a la zona ocupada. Me dijo que sí, pero no lo volví a ver. Solo entonces comprendí un viejo refrán haitiano: "En Haití, la gente aparece y desaparece".

Preocupado por la situación de seguridad, decidí actuar

como un haitiano. Abrí mi maleta en plena calle, saqué una cámara fotográfica de comienzos del siglo pasado y tomé una serie de fotos primitivas del primer punto en mi agenda: el aeropuerto ocupado por los Marines de Estados Unidos.

A las 6:40 p.m. sentí hambre. Volví a abrir la maleta, saqué un pan con jamón que me regaló una señora en Maiquetía, y me lo comí sin saber dónde iba a pasar esa noche y las siguientes. Le pregunté al primer transeúnte que encontré por la dirección en el sobre, y me respondió que no sabía. Pensé que no dominaba bien el francés y decidí formular la pregunta en inglés (me habían informado que los haitianos dominan dos o tres idiomas) y pedirle a mi interlocutor que me dejara grabar la respuesta.

Mi plan falló porque había olvidado el poco inglés que aún recordaba, y me vi obligado a pasar la noche debajo de una carpa. Por fortuna, encontré una mujer italiana que, al enterarse de mi proyecto, me dijo que estaba realizando una tesis sobre la existencia del escritor político Nicolás Maquiavelo¹.

Aterrado por no haber tenido la delicadeza profesional de escribir tres líneas en cuatro días, le expliqué, sin éxito, en todos los idiomas que recordé, que no estaba en Haití para perder tiempo, que tenía un compromiso con dos periódicos de Caracas y que, si no escribía el reportaje, me esperaban dos años más en mi trágica carrera de medicina.

Me entendió. Ese día encontré al francés Matéu. Me acompañó a la dirección prometida, y encontramos un montón de escombros. Mi preocupación aumentó cuando recordé que todos mis borradores estaban en ese piso; Emanuel los había traído a Puerto Príncipe para

la última revisión con el corrector de estilo. Consideré que se trataba de un error, llamé a Caracas, le di a Emanuel los datos de la dirección del inmueble destruido, y confirmó que no había nada que hacer; no volvería a ver esas Notas del Subsuelo².

Sentí alivio al pensar que tal vez era una señal del destino, y que la naturaleza, en su infinita sabiduría, había destruido esas páginas.

El aeropuerto de Puerto Príncipe

Nadie en este mundo entiende por qué hay tantos Marines en Haití³. Y ahora los haitianos comienzan a recordar todos los movimientos de Estados Unidos antes del terremoto.

Surgen hipótesis de múltiples niveles; desde una planificación del Pentágono para provocar el terremoto⁴, hasta una explosión con dinamita coordinada por otra potencia mundial. Pero lo que realmente aflige al pueblo haitiano es ver tantos soldados extranjeros en las calles, cuando lo que necesitan es alimentos, agua potable, medicinas y una estrategia administrativa coherente para reconstruir el país.

Ese mismo ejército de mercenarios secuestró al legítimo presidente de Haití, el humanista Jean-Bertrand Aristide⁵, arrancándole el corazón a otro luchador y clavándolo en la puerta de una iglesia para escarnio público.

Le pedí a la escritora italiana que me acompañara al aeropuerto para intentar hablar con uno de los Marines. Encontramos a uno; en su mano tenía un refresco de color negro. Le pregunté por qué estaba en Haití, y me respondió con la inocencia más estremecedora que haya escuchado en mi vida: "Tengo una hermana en la universidad; le debo al Estado sesenta mil dólares".

Escuché un grito salido del infierno y traté de encontrarlo con la mirada. Fue entonces cuando vi venir a una joven mujer, llorando, con un niño que arrastraba por el suelo, diciendo lo único que pude entender: "¡Mi hijo muere de hambre!" Abandoné el diálogo con el joven soldado y salí corriendo hacia la carpa de la escritora italiana, quien guardaba mi maleta; le dije que calmara a la muchacha.

Destapé mi maleta y observé que el salchichón se había acabado; me quedaban dos latas de atún de reserva y una botella de agua mineral. Dejé una lata de atún debajo de una bolsa de dormir y regresé a donde estaba la escritora italiana. La joven con el niño se había marchado. Desconcertado, le pregunté al soldado dónde estaba la joven, y me dijo con mucha decencia que no lo sabía.

El pueblo haitiano ha sufrido mucho

Revisé mis bolsillos y encontré el último billete de diez dólares. Un dominicano me regaló un habano, que fumé con el gozo de haber recibido un premio internacional. Luego vi algo que no olvido: tres hombres, una mujer y tres adolescentes discutiendo por una botella de agua mineral.

Me lancé en solitario por aquellas calles y vi edificios derrumbados, una enorme construcción de arquitectura exquisita con un pedazo de ventana y una puerta que conducía al vacío. Mujeres, hombres y niños dispersos por las calles, escombros en ambos lados de las aceras, improvisadas cocinas en cualquier esquina, hombres rezando a dioses lejanos, algún sacerdote perdido, algún ministro tratando de encontrar su oficina y rescatando carpetas ministeriales.

Seguí por una galería digna de un cuadro del siglo XIX, y me encontré con el material que estaba buscando desde que abandoné la noble carrera de medicina. A continuación, un grupo de sindicalistas planificaba una reunión para tratar el tema de la distribución de veinticinco toneladas de ayuda humanitaria proveniente de un país asiático⁶.

Por una sensación complicada, quise pertenecer a aquel mundo en caos; imaginé que aquel universo destruido era formidable para una película existencialista, y planeé mil proyectos en ese Puerto Príncipe destruido. Quise casarme con una haitiana y no salir de Haití por el resto de mis días.

Acudió a mi cerebro el tierno recuerdo de mi madre y el de mi encantadora amiga Lina Marcela, de Bogotá. Sentí ganas de olvidarme de la política, de la plusvalía⁷, de los Marines, del Manifiesto Comunista, y quedarme en un pedazo de suelo en ese mundo inolvidable e inexplicable que es Haití.

Sentí miedo de cambiarme el nombre, de viajar a otro punto de Haití, de ir a un lugar alejado, de olvidar que soy Mateo Torrado, que nací en Sudamérica, que mi padre se llamó Gregorio y que mi madre se llama Gilma Rosa.

Ese desorden hermoso, donde todo es abstracto, todo se transforma, todo es cambio⁸, me hizo pensar en una novela sublime. En algún lugar, un trío musical cantaba una canción que se podría traducir como: "Haití no morirá". Compartí la idea de los cantantes y me dije a mí mismo: "No mueras, Haití, no mueras". Pensé: "Te harán una rechifla en el periódico si dejas esa frase", y otra vez me dije: "No importa, ¿cómo vas a morir, Haití de mi vida, Haití de mi ilusión, Haití de Péti⁹, Haití de la libertad, Haití de la buena fortuna, Haití, que yo te amo, te entrego unas sencillas páginas porque no tengo otra cosa; Haití linda, Mateo Torrado no te olvida".

Caminé sin rumbo buscando cosas secretas, sonidos, colores; extraños sucesos que se dibujaban en los campamentos, en las carpas-hospitales, y vi la dignidad inquebrantable de este pueblo que no se ha cansado de luchar, un pueblo que ha roto las cadenas que lo oprimen¹⁰.

El regreso a Venezuela y el compromiso de enviar mis honorarios de escritor a Haití

Haití lo transforma todo desde el primer instante. Su fuerza no reside en lo que muchos creen: en la geopolítica, en sus reservas de hidrocarburos, o en su condición de primer país liberado del mundo por sus propios medios de la esclavitud. Su verdadero talento reside en su fuerza espiritual¹¹. Este pueblo no puede ser destruido porque tiene una fe ciega en una existencia superior.

Todos los haitianos son pintores, escultores, fotógrafos, músicos, legisladores; no pueden asimilar una cultura diferente a la haitiana. Por ello, todos los invasores han sido derrotados por la superioridad espiritual de este pueblo.

No hay una sola nación en América Latina que no haya sido influenciada por “el mal ejemplo haitiano”¹². Ese ejemplo ha sido castigado por las potencias del mundo con crueldad.

Haití ha sido aislada en el plano internacional y fue sometida en el pasado reciente por lacayos internos impuestos por Estados Unidos.

La intromisión de los estadounidenses en Haití no es reciente. Desde los días de François Papa Doc Duvalier hasta los primeros días de Aristide, Haití ha sido oprimida por vampiros diseñados por Washington¹³. El único aire democrático lo ha vivido este honesto pueblo con la presencia de un hombre estupendo: Jean-Bertrand Aristide¹⁴.

Desde que los Estados Unidos clavarón, de manera literal, al luchador Charlemagne Péralte en la puerta de una iglesia¹⁵, hasta los días de Papa Doc, Haití solo ha conocido penas.

Es probable que un día no lejano, Haití surja como un país libre y soberano, sin intervenciones de ningún país.

CARACAS, 2010

- ¹ Nicolás Maquiavelo, autor de El Príncipe, símbolo del pensamiento político realista.
- ² Notas del Subsuelo de Dostoyevski, obra introspectiva sobre el dolor humano
- ³ Haití fue ocupado por EE.UU. entre 1915 y 1934, y nuevamente tras el terremoto de 2010.
- ⁴ Teorías como HAARP expresan el sentir colectivo de desconfianza.
- ⁵ Jean-Bertrand Aristide fue depuesto por presiones geopolíticas internacionales.
- ⁶ La ayuda humanitaria tras el terremoto de 2010 fue severamente mal administrada.
- ⁷ Concepto marxista sobre la apropiación del valor del trabajo.
- ⁸ Influencia de Heráclito y el pensamiento existencialista.
- ⁹ Alexandre Pétion fue uno de los padres fundadores de Haití y apoyó a Bolívar.
- ¹⁰ La dignidad del pueblo haitiano resiste históricamente toda forma de opresión.
- ¹¹ La fuerza espiritual haitiana se nutre del vudú, catolicismo popular y cosmovisión afrocaribeña.
- ¹² El éxito de la Revolución Haitiana fue temido por otras potencias.
- ¹³ Crítica a la injerencia y patrocinio de dictaduras por parte de EE.UU.
- ¹⁵ Figura simbólica de resistencia popular.
- ¹⁶ Charlemagne Peralte fue crucificado por las tropas estadounidenses en 1919.

Claveles para un entierro cualquiera

Aquella triste tarde recordaba sin calma el libro de Milan Kundera *La insoportable levedad del ser*, y me pregunté a mí mismo si la levedad no era un invento del autor para liquidar malos recuerdos¹. Porque así es: lo terrible de la literatura es precisamente eso, la inseparable desdicha de tener que darle vida a un muerto que solo está muerto en la mente del autor, quien no sabe si es el muerto quien le da vida a él, si alguna vez imaginó que a los muertos se les podía dar vida, o si en realidad existe la vida, o mejor, esa vida que tenemos ahora, que permite que yo sostenga este lápiz y que tú leas lo que antes escribí con este lápiz.

Aferrado a esos recuerdos, pensé en ti. Pero creo que mis pensamientos no tienen validez; solo tienen validez cuando hago el amor contigo.

¿Y lo recuerdas?

"No lo recuerdo, Mateo. No puedo hacer el amor con un hombre que escribe haciendo el amor y hace el amor escribiendo".

Ese ejercicio de pensar, hacer el amor, recordar *La insoportable levedad del ser*, caminar despacio para no ver en la esquina a un hijo de puta que siempre sueña con burlarse de mí, llegar a la biblioteca, saludar a los mismos amigos, tomar el café de la tarde, y volver a pensar en mi país ocupado... Quizá en ese ejercicio se pueda encontrar el retrato de mi vida.

¿Y cómo puedo recordar a esos muertos olvidados, que no pudieron despedirse de los suyos cuando la sierra eléctrica cruzó su existencia y dejaron este plano con los ojos abiertos?

"Tienes que vivir, Mateo. Es probable que en Caracas te publiquen y ganes algún amigo".

¿Y si estoy derrotado? ¿Si he caído en la trampa de vivir para no morir, o si he muerto y estoy viviendo la vida de otra vida, los recuerdos de una vida que viví, la muerte de otra vida, o si todo esto no es cierto, y alguien está viviendo por mí, y yo no soy Mateo Torrado, y este papel que ahora tienes en la mano es el castigo sutil de un sueño menos triste que tener que pagar un recibo de luz costoso, cuando llevo dos años sin vivir en esa casa?

Hemos cagado en el mismo inodoro.

¿Soy comunista? ¿Qué cosa es el comunismo? ¿Es el comunismo una cosa?

“Eres comunista, Torrado, no eres otra cosa. El comunismo es la cosa de las cosas como las cosas que ya no son cosas porque dejaron de serlo”².

¿Pero no he pensado en hacer dinero? ¿En tener gloria con cada palabra que vive en mi cerebro? ¿En hacer de mi cerebro una gloria que no es gloria, en glorificar lo minúsculo, en celebrar la alegría de lo honesto, en abreviar los besos que ya no puedo recuperar, en diagnosticar la esperanza que no tengo, en extirpar todo recuerdo personal?

Intenté situarme como gloria de astros oscuros, de todo lo que hablamos anoche, cuando dijiste: “Mateo, eres el primer escritor que conozco”. Y yo soy el primer escritor que desconozco, dije. Luego, “Los Girasoles de Vincent van Gogh son bellos”, y la discusión del neófito que soy.

“Torrado, has soportado hambre por no venderte; la gloria que mereces no la consideras gloria porque para ti, la gloria no es gloria. Si me dejas tocarte la mano con la mano que tú dices que es tu gloria. Cada palabra que vive en tu cerebro es un cerebro de palabras pensadas en sentido opuesto del verbo, colocado en un cuento tuyo, traducido en un idioma colosal, cuando me dijiste: odio ver cortar mis palabras en un

idioma cortado con cortaúñas y diseñado por un diagramador esquizofrénico de Frankfurt, borracho por un insoportable olor en las axilas y traductor de otros dioses a quien el mismo Mefistófeles no recuerda”³.

Llevas toda la noche haciendo el amor y...”

El descaro de aquellos días cuando, sin centavos, caminé unas calles llenas de sangre inofensiva, por la lascivia espesa de los invasores de otros mundos, sin poder detenerlos, y no tolerar las ganas de expulsar los alimentos en el único inodoro donde tú, muchos y yo hemos cagado.

Odiseo, tú que viajas, dime dónde oculté las armas para sacarlos de la patria prostituida⁴. Soy Mateo Torrado, quien busca claveles para los muertos que no maté pero que maté por olvidarlos, como hacen todos hoy que estamos muriendo todos los días. He vencido a mi Edipo, he sanado las heridas del incesto, he recuperado la cordura perpetua que no es perpetua, pero vive en el incesto de tantos incestos perdidos en las noches tranquilas del verano.

Mis ojos, salidos de su órbita, resistieron la presión abstracta de pinturas mal trazadas por manejar códigos complejos; pecados rojos y blancos, ocre, y un color que no encuentro en mis recuerdos, pero es parecido a la materia fecal seca. Inventar palabras para esos muertos nuestros también fue uno de mis oficios favoritos. Tener claro que dos más dos no son cuatro y que la TA normal no es 120/70⁵.

La diástole y la sístole no concertaron con el paciente; era hora de decretar la ternura. Todo este malestar social me llevó a la República Cooperativa de Guyana. Torrado estaba destinado a otra empresa. Yo, el hijo de Gregorio, Mateo Torrado, caminé aquel país sin un centavo en el bolsillo. El arte del cuento no puede ser una situación o un personaje. ¡Ya basta! El inicio, el nudo y el desenlace deben llevar a un desenlace donde el nudo sea el inicio, y para decirlo de otra forma, el inicio sea el verbo, situar el verbo arriba, en el primer párrafo de la cuartilla⁶.

Si busqué en seis países claveles para mis muertos, debo buscar un nuevo arranque, un nuevo nudo intraducible y un nuevo desenlace para mis cuentos. La frase debe tener un valor congénito. Torrado no puede ni debe ser derrotado por la ambigüedad.

Los hombres honestos saben que lo corrosivo empantana una buena intención y mutila las alas de una producción de buen aliento. Una pila de excremento bien decorada puede ser un buen regalo para un traidor. El arte debe encontrarse a sí mismo, como el niño que camina con la mano en el bolsillo trasero del padre. Las buenas metáforas se escriben luego de hacer el amor⁷. Aunque esta regla, Torrado, no es completa.

Es cierto, los santos escritores, de cuando en cuando, se dejaron caer la mano en la méntula. Toda literatura tiene sus limitaciones, y en ella, como se ha dicho, no hay originales. Hoy ya no damos crédito a las mentes privilegiadas; el talento es caprichoso. Una voz formidable puede nacer detrás de un arrabal. Y en los centros privilegiados (algunas veces), nacen gases lacrimógenos para el espíritu.

Todos los que murieron a manos de los aserradores humanos deben estar divagando en los sueños más dulces de los asesinos. Los claveles que reuní en seis países los dedico a las víctimas de esta racha mala. Los dedico a Martín, que dejó tres hijos. A María, Leonor, Inés, Luis y Gerardo, que fueron mutilados. La neurología no ha logrado explicar el fenómeno del delirio. Es ahí donde la literatura entra a jugar su rol, para contar este delirio colectivo⁸.

Tal vez no soy yo, Torrado, quien escribe. Hay relatos que el lector no puede leer, porque en muchos casos es el relato el que lee al lector. Torrado tiene como objetivo plantear una nueva teoría del cuento, aunque no sé cómo explicarla. Una mujer que está al borde de los treinta años descubre un nuevo tipo de sexualidad. Es la misma experiencia del hombre que se

masturba por vez primera. La vida sexual de un escritor está supeditada a los deseos carnales de una mujer.

Fusionar escritura, sexo, fotografía, pintura, música, teléfonos, cables, relojes, un frasco cualquiera, revistas de ciencia económica, Jorge Eliecer Gaitán, las relaciones bursátiles, el cambio climático, la guerra por el agua, los Testigos de Jehová, los Mormones, una cama, un cuarto de baño, los autobuses que van de Santa Teresa del Tuy a Caracas, los diccionarios, los curas, políticos, economistas, Nelson Mandela, abogados, estafadores, Changó, un Babalao, ninfomanía, un electrocardiograma, amitriptilina, la depresión del espíritu, la Bolsa de Nueva York, la crisis económica mundial, La India, el contrabando, sinónimos, antónimos, la Escuela de las Américas, el 11 de septiembre de 1973 en Chile, abril del 2002 en Venezuela, El Libertador Simón Bolívar, Francisco de Miranda, Armando Reverón, la Guerra de las Malvinas, Gandhi, Marx, Lenin, Martin Luther King, Perón, Cuba, los habanos, sexo oral, oradores, zapateros, terrorismo de Estado, Palestina, Libia, Irán, el fin del hombre en la tierra, Puerto Rico libre, el desarme atómico, cenar con una mujer inteligente, bicicletas, automóviles, aviones, trenes, submarinos, marinos y agricultores, es uno de los desafíos del escritor de hoy⁹.

¹ En *La insoportable levedad del ser*, Kundera plantea que la levedad es una condición existencial ligada a la libertad y la ausencia de peso moral, aunque el autor también juega con la idea de que la levedad puede ocultar el dolor más profundo.

² Juego lingüístico que ironiza sobre las contradicciones semánticas del comunismo como utopía filosófica y como realidad histórica.

³ Crítica poética al proceso de traducción, edición y despersonalización del texto en la industria editorial globalizada.

⁴ Referencia simbólica a la resistencia armada, a la lucha por la patria, o al deseo imposible de revertir la historia por medio de una memoria activa.

⁵ La tensión arterial “normal” es un estándar médico; el narrador lo subvierte para expresar su rechazo a los valores impuestos, incluso en la medicina.

⁶ Crítica a la estructura clásica del cuento (planteamiento, nudo, desenlace) y defensa de una narrativa más libre, orgánica y existencial.

⁷ Alusión a la creación artística como acto íntimo, sexual, corporal y espiritual.

⁸ Reivindicación del arte como única herramienta para comprender lo irracional de la violencia humana.

⁹ Esta enumeración final representa un manifiesto de fusión interdisciplinaria: un reto radical al escritor contemporáneo de absorberlo todo, sin jerarquías.

Sueño aturdido o la desesperación del escritor

Franqueó la puerta y, justo a tres pasos del marco, pensó en los sucesos del día. Era Renzua Andrés.

—“Son tonterías” —dijo. Hundió la mano en el bolsillo del pantalón y encontró un cigarrillo.

—“No creo que esté derrotado. En todo caso, debo superarme” —concluyó.

Eran días de agotamiento, de dolor sin causa en los sueños inconclusos. Repasaba su vida: “cuarenta años perdidos”. Ajustó con los dedos uno de sus dientes y lo movió. “Dos dientes más y me libero de ellos”.

Un hombre de cuarenta años cincela una idea abyecta. Lo ubicuo, lo que uno observa detrás de la inocencia, la masturbación a las tres de la mañana, los recuerdos gratos de la buena compañía, y la verdad extraña de ser una mentira¹, le daban la razón para estar equivocado. Así era. Caminó por la habitación decrepita.

—“Pude haber estremecido a mi generación” —arrojó un zapato en una caja de cartón y observó una ventana con la madera podrida. Bajó la cremallera del pantalón y recordó imágenes de mujeres desnudas. Asumió el criterio de un soldado libre y presionó el miembro con lentitud. —“No es posible”.

Su derrota anticipada estaba en estrecha relación con su estado de ánimo. Continuó dando breves masajes al miembro; este expulsó una fuerza contraria a lo que esperaba. Ajustó la cremallera en la frontera del botón del pantalón y dijo resuelto: “la voy a buscar”.

Recogió tres o cinco monedas de una mesa en estado lamentable

y agarró un sombrero. Eran las dos de la tarde. Hizo el ejercicio de franquear la puerta en sentido opuesto y comprendió que era martes. Era un hombre de apariencia fácil, seductor en el sentido contrario del término, consciente de la siguiente cita. Ya no era sexo lo que buscaba.

Entonces, ¿qué buscaba? No lo sabía porque buscaba². Esa inocencia falsa le permitía recordar a quien lo conocía, su inequívoco conocimiento del hombre. —¿Cómo puedo pensar tanta tristeza?

Entonces la encontró en plena calle y le preguntó: —¿Es usted Magnolia, la especialista en teoría literaria? —¡No! —dijo una mujer joven, con ojos de acero. —¿Cuál es su nombre?

—Renzua Andrés. —Debo marcharme —explicó la mujer.

Fue la primera y única vez que la vio. Caracas era entonces un cielo de plomo, con una cortina gris en el reverso izquierdo del horizonte. El Ávila se extendía con ese delicioso verde interminable, recibiendo una ráfaga de viento suave con algo de mar en su seno³.

Caminó por la Avenida Baralt y repasó en la memoria las palabras que cruzó con la mujer. Se detuvo en el Puente Llaguno y cantó: "Gracias a la vida que me ha dado..." Subió los escalones que dan a la Avenida Urdaneta (cerca de allí vivió un tiempo), hundió los dedos en el bolsillo de la camisa y colocó un cigarro en los labios. Lo encendió. —"Creo que le gusto a esa maravillosa mujer".

Caminaba ahora sin saber adónde iba, interrumpió la marcha justo en la estación del tren de Capitolio. —"Tengo hambre". —"Medio mundo tiene hambre, ¿qué puede importar mi hambre!". Dirigió sus pasos a la estación, tomó un ticket y se decidió por el destino Gato Negro. Una mujer con apariencia deslumbrante le guiñó el ojo. Frotó los suyos y dijo: —¿Es cierto lo que veo?

En la siguiente estación, un anciano con un látigo en la mano subió al vagón con un tigre pequeño; en la boca del felino, un bozal de cuero. —"Es hora de bajarme" —pensó Renzua Andrés. Una niña con aspecto de haber sobrevivido a un ciclón lanzaba pedacitos de pan al tigre. Las luces del vagón se extinguieron. Salió por el altavoz un grito desgarrador y el tigre abandonó la jaula. —¿Llevaba jaula el tigre? —"Debo estar soñando".

Luego, una voz femenina anunció: "Todo está normal, nada que temer". Se restablecieron las luces del vagón y el cuadro era patético. Si bien el tigre mantuvo la boca atada, causó estragos en el vagón. El anciano castigaba al tigre con el látigo y Renzua Andrés no entendía la vitalidad del viejo.

—¿Martes o miércoles? —"Es martes".

Un oficial de la Guardia Nacional le preguntó al anciano quién autorizó el transporte del tigre. —¡Nadie! —respondió el anciano. —Vamos al despacho —contestó el oficial con buen talante.

Renzua Andrés siguió al anciano con la mirada. El oficial condujo al anciano a una oficina del sistema ferroviario. Solo entonces, Renzua Andrés salió del vagón. Se hubiera dicho, un hombre sin alma. —Necesito el mar, el calor —concluyó.

Regresó a casa. Franqueó la puerta y pensó en la mujer.

¹ El narrador pone en duda la propia identidad, un rasgo característico de la literatura existencialista, donde el yo se percibe como artificio o construcción frágil.

² El acto de buscar sin saber qué, revela el estado de alienación y vacío espiritual: una forma moderna de desesperación.

³ Caracas es retratada aquí como un espacio gris y casi onírico, donde la naturaleza (El Ávila) parece la única entidad viva frente a la ciudad entumecida.

Un día para tocar el resorte de oro

—“¿Qué es una obra de arte?”

—“No sé».

Desde allí, la visión general de la habitación era una buena oportunidad para escribir otra cosa. Más allá, una mujer vestida con ropa sencilla daba suaves movimientos a un peine con varios dientes rotos en su cabello, semejante al cabello de una diminuta reina de porcelana.

Sostenía un libro en las piernas. Decidió abrirlo al azar y observó franjas de marcas de uñas en las páginas.

—¿Dónde estará ahora?

Renzua Andrés dio un paso gigante en la habitación, hundió la mano en un bolsillo de seda y pensó en su angustia.

—Es un gran libro —dijo a la mujer sin mirarla.

—¿Entiendes ruso?

—No menos que usted —respondió la mujer.

Luego, la escena se transformó; el conjunto de planos articulaba un encuadre perfecto, la imagen requerida, la capacidad de captar con la cámara lo que no capta el escritor en el papel en blanco.

Ahora, la mujer asumía la voluntad doblegada, la insinuación diáfana, la doble intención de la intención sin doblez, el mal como remedio¹. Arrojó el libro a una mesa sin porvenir y se movió como una bailarina libre, imitando a la esposa del libro Cantar de los Cantares².

Renzua Andrés entendió el juego de la mujer. La mujer, que

conocía su oficio al dedillo, se aproximó a él como una mujer del Apocalipsis.

—“¿Es verosímil esto?”

La mujer, como si contara con la facultad de leer los pensamientos, dijo:

—“Es lo más creíble de esta tierra”

Renzua Andrés sintió que se le hundía el piso. Buscando en sus recuerdos una respuesta apropiada para aquel instante, dijo:

—“Sí, no hay duda”

A continuación, la mujer lo presionó contra su carne, le dio besos sueltos e introdujo su mano por el botón frontal del pantalón y apretó sin prisa el miembro disuelto en un pantanito de azúcar.

—“¿De quién es esto?”

Renzua Andrés, para salir airoso de aquel sobresalto, dijo:

—“De usted”

La mujer, incrédula de la respuesta, sacó la mano del pantalón y sujetó la cervical de Renzua Andrés, a quien besó como si se hubiera decretado el último día para besar.

La mujer no era fea. Era propietaria de unos senos naturales bien proporcionados que recordaban los de una ninfa; tenía los pezones dibujados con delicada mano y se definía muy bien un ombligo como una tacita de oro³. De no ser por el vestido que llevaba, se hubiera dicho que era una mujer de moda. Solo entonces, Renzua Andrés comprendió que tenía que actuar. Sujetó la región sacra y le dejó caer la mano en el maléolo izquierdo. Se dejó llevar por buenos recuerdos e introdujo los dedos por una faja de seda. La mujer emitió un chillido semejante al de una gata en celo y dijo para sofocar los ánimos:

—“Es normal”

Renzua Andrés no pudo sujetar los bríos y se fue de bruces. La mujer se encogió de hombros y se hizo cargo de la mano de Renzua Andrés y la llevó a sus labios.

—¡Basta! —dijo Renzua Andrés.

Recuperó la calma, tomó una silla y encendió un cigarrillo.

—Esto no está bien —dijo.

—No necesita estar bien —contestó la mujer.

—Ya es tarde, debo buscar trabajo.

—Como quieras.

La mujer arregló la faja de seda, asumió el criterio de la mujer discreta y abandonó la casa. Renzua Andrés la siguió con la mirada hasta que franqueó la puerta. Esta vez, él no agarró el sombrero; llevó consigo una chaqueta. Hizo el ejercicio de franquear la puerta y cayó en la cuenta de que era sábado.

—“Tal vez encuentre trabajo” —pensó.

En la calle desierta, caminó dejándose llevar por el cuerpo como si estuviera muerto o en trance. El ruido frenético de una motocicleta lo trajo de vuelta a la realidad, y vio un anuncio seductor:

“Circo El Resorte de Oro; se busca maromero, buen pago”

—“Soy lanzador de cuchillos, no tengo suerte en la cuerda floja” —pensó.

Dio una vuelta alrededor de sí mismo y regresó al anuncio.

—“Si alguien me diera información; ¿cómo pueden colocar un anuncio sin la dirección de un lugar para informarse?” —dijo.

Continuó la marcha, cruzó la calle. Esta vez encontró el anuncio completo:

"Circo El Resorte de Oro; se busca maromero, buen pago. Informe en el Edificio El Roble. Tu oportunidad de ser rico y famoso".

—"¿Dónde está el Edificio El Roble?" —se preguntó.

—"Tal vez en aquel restaurante me den razón".

Un mesonero le dijo de tajo que no había limosnas.

—"¡No busco limosnas, imbécil!" —respondió Renzua Andrés.

Un viejo sin dientes, con un periódico de los años veinte, le dijo:

—"¿Qué busca, caballero?

—"El Edificio El Roble.

—"Lamento decirle que estaba allí, mire —hizo un ademán con el índice, indicando el antiguo lugar del edificio.

—"¡Es usted muy amable! —dijo Renzua Andrés.

Siguió la marcha y observó el lugar.

—"Alguien debe saber" —pensó.

Llegó a la puerta, vio una ventanita abierta y un señor en el interior, sentado en un asiento de madera.

—"Señor, ¿dónde funciona el circo?

—"¿Cuál circo? —dijo una voz seca, sin ganas de responder.

—"El circo El Resorte de Oro.

—"No sé de qué habla —contestó la voz.

—"Señor, usted no entiende, es que vi en la pared un anuncio de un circo que ofrece trabajo de maromero.

—"¿Qué maromero! —y salió una mano grande que sometió a Renzua Andrés por la camisa—. No lo quiero ver más en mi

vida por esa ventana.

Renzua Andrés no sabía qué hacer. Ajustó el cuello de la camisa y pensó:

—“Me agarró desprevenido”

En alguna parte sonó una campana. Hundió las manos en los bolsillos y tocó un esfero.

—“No puedo empeñarlo”

—“Ni venderlo”

Detuvo el primer taxi.

—Disculpe, señor, ¿sabe usted dónde está el circo El Resorte de Oro?

—¿Le dieron alguna dirección? —respondió el taxista, con un vaso con hielo en la mano.

—¡No! Bueno, es decir, el anuncio... —dijo Renzua Andrés, viendo cómo se alejaba el taxista.

Renzua Andrés llegó hasta un depósito de madera y le preguntó a un joven:

—¿Tú sabes dónde está el circo El Resorte de Oro?

—¡Sí! —dijo el joven, y continuó—: Si me das tres bolívares, te llevo.

—No hay problema —respondió Renzua Andrés.

—¡Vamos! —dijo el joven, y lo guió por un callejón.

Cuando salieron del callejón, dieron con una avenida bastante poblada. Renzua Andrés vio un anuncio en una puerta metálica:

“¡BIENVENIDOS AL LUGAR MÁS FELIZ DE LA TIERRA!”

Renzua Andrés pagó al joven por sus servicios y pidió información en la puerta metálica. Lo atendió una señora con la elegancia de una aristócrata, y le dijo:

—¿Habla francés?

—Prefiero italiano.

—Bueno —dijo la señora en italiano.

A continuación, salieron dos hombres tomados de la mano, se despidieron con un beso en la boca. Hablaban en italiano.

—¿Qué busca, señor? —preguntó el hombre que se despidió con un beso y que venía, al parecer, con la intención de entrevistar a Renzua Andrés.

—Vi el aviso y quiero trabajar con ustedes.

—¿Sabe jugar con leones?

—Puedo aprender —contestó Renzua Andrés.

—¡Esto no es una escuela! —dijo el hombre, y continuó—: En todo caso, siga y pregunte por el Departamento de Ingreso.

Renzua Andrés siguió, seguro de encontrar lo que buscaba, y encontró otro letrero:

"Alimentación de Leones". Asumió la posición de no haber visto el anuncio y siguió. Al fondo del lugar alguien gritó:

—"¡Comienza el ensayo, muchachas!"

Preguntó a un hombre visiblemente disfrazado de torero por el Departamento de Ingreso.

—No hablo español —dijo el hombre disfrazado de torero.

Renzua Andrés llegó al comienzo de un túnel y pensó:

—"¿Podré seguir?"

Asintió con el cráneo y siguió la ruta del túnel. Este parecía no dar a ninguna parte. Entonces vio venir en sentido opuesto a un anciano con un halcón en el brazo. Le preguntó:

—Señor, ¿dónde está el Departamento de Ingreso?

—Va en sentido contrario —respondió el anciano—. ¡Sígame!

Renzua Andrés lo siguió sin muchas esperanzas.

El anciano le indicó el lugar. Renzua Andrés agradeció. Dio un golpe con el esfero en la puerta. Lo atendió una niña con cara de mujer adulta, y dijo:

—¿Es usted el hombre que habla italiano?

—Sí.

—Ya le atendemos.

—¡Adelante! —dijo alguien en el interior de la oficina.

Renzua Andrés entró, y un muchacho con unos rasgos bellísimos le dijo:

—¿Usted es el que quiere trabajar con nosotros?

—¡Sí!

—Muy bien, pero debo informar que para trabajar con nosotros el aspirante debe dominar cuatro idiomas, haber tratado al menos tres veces en su vida con leones, haber caminado por la cuerda floja con un elefante de caucho, saber expulsar fuego por la boca, tener conocimientos especiales para dominar serpientes, saber alimentar elefantes y no tener miedo a saltos en avión. En todo caso, aquí está la planilla de ingreso. Debe traerla... Hoy es sábado... el lunes —concluyó el muchacho.

—¡Gracias! —dijo Renzua Andrés.

Renzua Andrés abandonó aquella oficina y se encontró de nuevo en la calle. Al final de la acera, se dibujaba un tierno cuadro: una niña de verdad jugaba con una muñeca de trapo, la madre observaba.

Renzua Andrés sintió dolor en alguna parte de su organismo; no lograba saber dónde. Hizo con la planilla una bolita y la arrojó haciendo un leve movimiento con el cuerpo. Comprendió lo inútil del empleo. Tenía hambre. Regresó a casa con el recuerdo lejano de un futuro luminoso. Tocó sus manos y dijo:

—“Aún vivo”.

Una vez en la habitación, la mujer lo saludó; en el regazo, el libro con las marcas de uñas en los espacios laterales de las páginas.

—Eres tú —dijo la mujer.

—¿Qué?

—La obra de arte —sugirió la mujer, como descubriendo el mundo con esa respuesta.

—¡No! —contestó Renzua Andrés, con un suspiro, y miró al suelo.

¹ El “mal como remedio” sugiere una inversión de valores: la redención a través de lo prohibido, la sensualidad como vía de conocimiento.

² Referencia al texto bíblico Cantar de los Cantares, símbolo del amor erótico y místico.

³ La “tacita de oro” remite a una visión idealizada y sensual del cuerpo femenino, con rasgos propios de la literatura modernista.

Augusto Noriega

Augusto Noriega vino a recoger un automóvil negro del garaje de la calle 53 con carrera 42. Encendió el motor y condujo el auto a una playa poco concurrida del barrio Machiques.

Antes, en un periodo turbio de su vida, había trabajado en una hacienda algodonera, donde acumuló dinero suficiente para abandonar Michú.

Después de fumar tres cigarrillos, encendió por segunda vez el automóvil y arrancó con una marcha suave hacia un apartamento en el sector de las Algas Encendidas. Lo esperaba Marlene Castaño, con su rostro de actriz de cine mudo, quien no podía pasar una noche sin hacer el amor. Era una mujer de piernas largas, con la piel de una leona que acaba de parir, de buenas maneras, que había aprendido tres idiomas sin enloquecer¹. Su vida era la vida del heroísmo de vivir una vida fuera de sí, ajena a la estupidez de hacer el sexo en un carruaje, después de salir de una cantina donde los clientes escuchaban música que entraba por un oído y salía por el otro, y no tomaban licor; lo respiraban.

Era una mujer de moda. Había recibido una fortuna modesta para vivir sin sobresaltos durante cinco años. En el fondo, nos atrajo su caso porque nadie en esta sala imaginó el derroche de placer que daba al hablar con ella. Se hubiera dicho un encanto. En una ocasión apostó una suma considerable al número seis y perdió en el acto. Ocho días después de este desafuero con la suerte, dijo el argumento más verosímil que pueda existir:

“Quien juega por necesidad, pierde por obligación”².

Así era ella.

En alguna parte del continente antiguo derrochó sin

remordimientos los mejores años de su vida. Ahora, entre los cuarenta y cuatro y los cincuenta y dos, desataba los últimos bríos en su esposo flaco, como quien pierde una guerra pero es feliz de estar vivo.

El caso de Augusto Noriega era muy distinto. Tímido sin redención, había leído algunos libros, caminaba resuelto a no estafar la angustia de las ilusiones y, con los ojos bien abiertos, escuchó un axioma altivo acerca de sí mismo:

“Leyó todos los libros”³.

Sin embargo, el día que fue a buscar el automóvil al garaje de la calle 53, resolvió salir del mar porque no había llevado consigo un libro aterrador: Luz de agosto, de William Faulkner⁴.

Augusto Noriega tenía enormes dudas. No sabía la magnitud histórica de Mefistófeles⁵. En otro tiempo, cuando recibía un curso de buceo con un equipo especializado en las Islas Canarias, estuvo a punto de perder la vida al soltar el conducto que transporta el oxígeno, con la idea descabellada de respirar bajo el agua.

Estos pormenores de su vida habían sido superados con Marlene Castaño. Esta aristócrata sin solución lo había introducido al gran mundo.

- ¹. La expresión “aprender tres idiomas sin enloquecer” insinúa que el conocimiento en exceso puede trastornar, aludiendo a una inteligencia inusual en Marlene.
- ². Esta frase suele usarse para señalar la desesperación como un mal aliado del azar. La apuesta nace del impulso, no de la estrategia.
- ³. Frase que parodia el elogio superficial: saber “todo” no implica profundidad, y el comentario revela más sobre la vanidad de quienes lo dicen que sobre el propio Noriega.
- ⁴. Luz de agosto (1932), novela de Faulkner, es una obra compleja que explora temas de identidad, racismo y religión en el sur estadounidense. La mención sugiere una lectura pendiente que lo habría enfrentado con su propio conflicto interno.
- ⁵. Mefistófeles, figura demoníaca en la tradición del Fausto, representa la tentación del saber, el pacto con lo oscuro. No conocer su “magnitud histórica” alude a la ingenuidad o la falta de preparación filosófica de Noriega.

El último hijo del millonario pobre (Diario de hospital)

Hace poco recibí una carta. Quien la firmaba se hacía llamar “el último hijo de un millonario pobre”. Estupefacto por semejante seudónimo, decidí leerla y releerla con atención. No sé con exactitud por qué llegó a mis manos; según creo, dio vueltas y vueltas en el hospital donde me encontraba, y al final, una enfermera amiga me la entregó. Al parecer, el “millonario pobre” también era paciente del hospital y, como se puede ver en la carta, sufrió amnesia y ahora se creía “el último hijo del millonario pobre”.

Yo me encontraba en el hospital cuidando a mi abuelo, que estaba en recuperación después de una intervención quirúrgica. El texto está tal como lo entregó la enfermera. He tratado de pasar por alto algunos casos de incoherencia, naturales en un enfermo de amnesia. El título arriba mencionado es el mismo que utilizó el “millonario pobre” para su carta.

Mayo, 2004

“A todos los que algún día encuentren esta porquería; ahora sí es verdad que me encuentro solo. Nunca pensé quedarme completamente solo. Tanto que mi padre me educó, para terminar aquí.

Cuando llegué de Francia, pensando bien, no me sentía tan solo. Pero en el fondo soy consciente de que desconocen mi origen.

Me tratan como si fuera un miserable.

Pero ellos desconocen quién soy.

Es cierto que me gusta el caviar, el whisky, los habanos y el cine¹;

pero aquí me tratan como si fuera un miserable sin trámite.

Si tengo tales gustos es por mi origen, no por otra cosa.

¡Qué triste, cómo ha cambiado el mundo! Es una gran lástima.

Pero cuando conozcan quién soy en verdad, se van a arrepentir.

Como no saben lo que significa llevar mis apellidos y el poder que ello implica, han decidido atarme a las barandas de la cama.

Si se imaginaran un momento quién es mi padre, estoy seguro de que no me darían este trato.

Esta tarde me liberaron.

He aprovechado para hacer esta nota en el baño y allá mismo he prometido vengarme.

En estos hospitales solo tratan bien a los ricos (aunque no he visto a ninguno de mis conocidos).

Me tratan como a un pobre solo para burlarse de mí. Pronto vendré con mis millones a poner todo en orden. Voy a cambiar todo el sistema hospitalario nacional.

Es posible que a las enfermeras que me han tratado mal (algunas, debo aclarar) las dejaré sin pensión.

Lo haré para que sus amigas agarren escarmiento; de lo contrario, el sistema hospitalario que pienso instalar se me saldría de las manos.

Soy consciente de que no saben quién está acostado en la cama número 13².

No saben que soy el hijo menor del magnate más grande que tiene el país.

No saben ni alcanzan a vislumbrar el tamaño de la fortuna que

me espera. No saben que soy heredero de medio país.

Y ahora, para que no les tome odio, dicen que sufro de amnesia. Que padecí un terrible accidente. Que olvidé todo.

Lo comprendo, inventaron lo de la amnesia para justificar el trato de perro al que me someten.

Sin embargo, si usted encuentra esta nota, mi padre sabrá agradecerle si la lleva.

Es justo que usted se pregunte quién es mi padre.

Le entiendo, puede preguntarle al presidente de la república; a él (por un golpe de suerte) mi padre le concedió ese poder temporal que ostenta, gracias a tanta adulación^{3"}.

Con gusto,

Renzua Andrés

¹ Esta tríada de gustos —caviar, whisky, habanos— remite a los símbolos tradicionales del lujo en el imaginario occidental. La alusión refuerza la ilusión de grandeza del personaje.

² El número 13, tradicionalmente asociado a la mala suerte, opera aquí como símbolo involuntario del absurdo: el supuesto heredero más poderoso yace atado en la cama “maldita” del hospital.

³ Esta línea sugiere un delirio de grandeza que alcanza el ámbito político: el personaje se arroga incluso la autoridad de haber “elegido” al presidente, aludiendo a las dinámicas ocultas del poder y a la corrupción del liderazgo.

Siete y la mujer no es del cineasta

—Y no podía creer que lo amaba tanto.

—¿Crees que lo amabas?

—Sí.

—¿Cómo surgió ese amor?

—No era posible proclamar un amor así.

—Pero, ¿de qué materiales está hecho el amor?

—En un tiempo comprendí lo absurdo de esto.

—Si realizo un repaso de mi vida, encuentro retazos de hombres no dispuestos a caminar más de tres o cuatro citas conmigo. Hombres frívolos. Alienados en un porvenir de oro. En severidad, atrapados en sí mismos. Ajenos a la desdicha de vivir una vida comprada en una subasta de mendigos. Verdaderos turistas en una ciudad de falsos artistas.

Ahora lo observo en el sofá. La franja que tiene en el centro de la mano recuerda a un muñeco de trapo o a la franja que tienen los aviones de cuerda. Contrario a lo que creería hace un año, su ausencia forzada ha desarrollado dentro de mí la convicción de tocar el cielo y de tomarme un Martini con Dios. Si no tuviera el dolor que experimento debajo del ombligo, lo abandonaría sin trámites, lo dejaría solo en su formidable paraíso de avena.

Ahora duerme como un ángel derrotado; como un gato de bronce, como una estrella boca arriba, como ver llorar al sol o ver caer una mosca ciega, confusa, por el impacto de sus ojos en el cristal. Duerme perfecto. Ha contraído matrimonio con el silencio. A veces pienso que es un hijo que tuve en otra vida o uno que tuve veinte años antes de nacer. Trato de tocarme.

No puedo creer que sea tan fea al lado de este payaso de porcelana.

—“Si quieres, salimos, damos un paseo; podemos bailar, tomamos irish coffee (a él le fascina), vamos al cine”. (Hace el plan desde el sofá. Siente ganas de hacer el amor; lo sé porque habla sin sospechar que no duerme, que ya no dispone de la facultad de hablar dormido.)

El cine es bueno porque el cine de estos días es malo. El irish coffee es bueno; el Martini solo hace feliz a un Dios triste, incrédulo de si el universo es obra de él. El baile es un gran invento.

—Me gusta tu camisa.

—Es una camisa despreciable. Sabes, Magnolia, un día de estos me voy a pegar un tiro por ti.

Llueve con fuerza; el viento trae con violencia los hilos de agua, que dan de bruces frustrados contra los cristales radiográficos, deslizando un pedacito de agua o el hijo de una gota grande, en el alféizar. Salimos al zaguán. Decidí mudarme la ropa interior, hay un encaje que me molesta en alguna parte.

Llegamos a un bar en la calle 113; él no cesa de hablar. Ordenamos cerveza helada con fruta y menta. Intenta besarme. Rechazo sin que lo advierta y, para amortiguar el desprecio al que lo someto, le hablo de un cuento malo mío, que alaba hasta lo ridículo. Presiono su mano imprimiendo un beso de misericordia, lo que origina una sonrisa disecada en su rostro de yeso.

Voy al baño porque siento un líquido en mi sexo, y cuando regreso a la mesa, lo encuentro hablando francés con un polaco. Es cuando comprendo que Danilo, mi segundo esposo, está en la mesa vecina. Empiezo a creer que me ha conducido a aquel bar con una intención previa.

Discute acerca de la Unión Soviética con el polaco y le propina un puñetazo; este responde dejando caer un vaso de hierro con ceniza sobre su cráneo. Se desploma. Por un hecho que no recuerdo, me encuentro hablando con Danilo. Luego se incorpora; retira sangre mezclada con ceniza de la boca, empuña un revólver y dispara en la humanidad del polaco.

—Y no podía creer que lo amaba tanto.

—¿Crees que lo amabas?

—Sí.

—¿Cómo surgió ese amor?

—No era posible proclamar un amor así.

¹ La estructura del cuento, con su diálogo recurrente al inicio y al final, encierra la historia dentro de un marco de obsesión cíclica, reminiscente de una confesión sin salida o una terapia fallida.

² El lenguaje visual y poético —como “Martini con Dios”, “payaso de porcelana”, o “mosca ciega”— refuerza el tono lírico y profundamente existencial del relato. Son imágenes que oscilan entre lo absurdo, lo sublime y lo dolorosamente humano.

³ El personaje masculino, retratado como vulnerable y en cierto modo ridículo, contrasta con la mujer narradora, que se muestra lúcida, sarcástica, pero también atrapada en su propia contradicción: no lo ama, pero tampoco lo deja.

⁴ La violencia súbita, con el disparo al polaco, irrumpe como estallido simbólico en un relato cargado de represión, frustración sexual y desencanto político (nota la mención a la URSS).

⁵ El final, al repetir el diálogo inicial, sugiere que la experiencia narrada no produjo transformación alguna, reafirmando el absurdo y el estancamiento emocional.

La mujer del tren de las cinco

Dedicado a Estívenson Monterroza

La mujer llegó vestida con un sobretodo de tela gruesa, semejante a los que llevan los detectives en las películas que nunca terminan de terminar, porque los casos nunca resultaron verosímiles en una transición de modelos de dimensiones transparentes. Era una mujer con la piel tostada por cuatro días al sol; acaso por un bronceador caro. Tenía una sonrisa falsa que sabía manejar con boca maestra; era bien intencionada para saber dirigir esa sonrisa sofista y causar un efecto a la medida de sus pretensiones. De inmediato me resultó de lenguaje suave, como la brisa de Macuto a las seis de la tarde.

Desconfié de su ropa, de su forma suelta y transparente, de sus manos de maniquí, de sus zapatos de cuero bien curtido, de su mirada de gallina ciega y de un perfume criminal que me hizo colocar mi naturaleza en su estado más puro, y de la primera palabra que le escuché: "amor".

Luego, me enteré de su dominio de un idioma lejano y también de su manejo sospechoso del mapa de París, de cada calle, de lugares que solo pueden existir en su cabeza.

Comenzó a ganar terreno en mis recuerdos. Después, en la tercera ocasión que la vi, se desnudó con la paciencia de una esposa legítima. Ya me había dicho con sigilo: "yo soy tu esposa bella".

Me pregunté, en los primeros instantes que la tuve en mis brazos: ¿qué podía buscar esta mujer en un hombre sin porvenir como yo? ¿Qué podía intuir ella en mi destino de prófugo solitario? ¿Qué vio, de plano, en un hombre de tres camisas como yo? ¿Cuál fue la razón que hizo explotar su corazón por mí?

Entonces recordé al señor Ovidio. De nuevo repasé El arte

de amar y el cuento número cuatro de Las mil y una noches. Distraje mi vagancia voluntaria en un relato del tomo diecisiete del libro Las penas, acerca de un filósofo griego que gobernó desde la cama; que mató a su mujer porque esta no aceptó que la verdad planteada en un manuscrito era una mentira. Y que, en realidad, tampoco era mentira, puesto que por aquellos días no se discutía la verdad como verdad y la mentira era una virtud como remedio.

El filósofo mató a su mujer porque, en un sueño que vivió, su esposa era su madre, y esta traicionó a su padre; entonces, el filósofo vengó la acción de la madre. Es cuando su esposa no aceptó la decisión del filósofo acerca del manuscrito, y este hundió una hoja de dos filos en la región sacra, por no entender a un hombre que vive con un dios¹.

Ese relato no está en el tomo diecisiete. Corresponde a una conjetura que aparece en el diario del rey Enrique VIII de Inglaterra, solo que la parte final del relato veintidós, sobre La vida en el campo, está corrompida con una intención macabra; pues, los secretarios del rey trabajaban bajo los efectos del vino.

La mujer que llegó a mi vida vestida con un sobretodo de tela gruesa comprendió que yo era un mentiroso profesional, un estafador descarado que trataba de atraer a las mujeres con relatos de reyes y filósofos que nunca en su tranquila y feliz existencia escribieron; un hombre a quien la vida había dotado del privilegio sosegado de apacentar vidas atormentadas por filósofos que mataban a sus esposas y por reyes holgazanes que no pudieron justificar su vida en el tribunal salvaje de una república de perros carniceros.

Pero la mujer me había cautivado con una voz de rosa artificial, manos de maniquí y sonrisa falsa; con una ternura desmedida y tiernos recuerdos de pomarrosa, mirada de potra con alas de alhelí y un perfume asesino con un poder que no conoce linderos, y un sobretodo de tela gruesa.

Se tomó todos los mecanismos que se conocen en todas las artes y todas las guerras para decirme que yo pronunciara un "mujer, te amo" sin que ella tuviera presente que me estaba enseñando el pantanoso arte de sufrir, o el arte de vivir la vida al lado de los senos duros de la mujer del tren de las cinco.

Porque fue en ese tren donde se presentó con el sobretodo de detective muerto y donde me dejó sentir esos senos grandes y duros como dos sandías, como dos pedazos de proa víctimas de la mala fortuna a la orilla de una playa de bucaneros sanguinarios. Y donde sentí el olor putrefacto de su perfume agrio, y donde escuché la historia que le había contado a dos mil hombres mentirosos como yo.

Entonces comenzó a lanzarme besos con esa boquita de pez risueño y a decirme en portugués que yo era el hombre de su vida, que volviera a repetir que la amaba, que mi fama era un hecho concreto, que solo pensara en escribir.

Fue cuando recordé al Conde Jorge I y su libro De los amores furtivos. Pensé en un confuso episodio que aparece en Las bondades de la vida solitaria y en los catorce tomos de La vida de personas notables, de Lucrecio el Bueno².

Una vez aquel mecanismo estaba en movimiento, hacía que la personalidad de los senos apareciera en su máximo poder, diciendo con sus puntas de hierro colado que yo, como escritor, no tenía futuro; que mi porvenir eran esos senos; que yo era un artista sofista; que mi arte estaba perdido. Pero que si yo aceptaba el influjo poderoso de sus deseos, se acabarían mis problemas de escritor. Esta mujer tenía el poder agarrado por el cuello.

"El rey no puede triunfar sin la reina", era lo que me quería decir en su explicación de lujuria.

Cerré los ojos para no ceder a mi carne; luego, miré sus ojos altivos y le arrojé un beso sacado del almacén de mis buenos

ratos. Observé todo el vagón hasta el fondo, donde había una inscripción que decía: "FABRICADO EN FRANCIA EN 1897"³. Me pregunté en qué año podía estar, y me entretuve con un anciano que hojeaba una revista de artículos para pesca y, más allá, dos niños compartiendo una silla. En la otra serie de sillas, un viejo con el rostro apoyado en un bastón también viejo, y, sobre el cráneo, una peluca que nada tenía que ver con el color original de su cabello.

La mujer de los senos duros tenía la mirada fija en el cristal de la puerta (nosotros hacíamos el tramo de pie), y su cara me pareció más hermosa en el cristal que en la montura real de su intervención facial. No le di importancia a este hecho, porque pensé que el cristal me engañaba: la velocidad del tren era enorme.

De nuevo abracé su mano con mi mano y le recité de memoria la elegía que aparece en el libro *Olvido de los amores contrariados*, de Stefano Sotomayor, o en *Extraños sucesos de los poetas*, de un autor que ahora no recuerdo⁴.

Confuso por su perfume agrio, llegamos al lugar donde íbamos a sellar el acto más natural de este mundo.

Fue cuando pensé si mi vida era ese instante. Si nosotros vivíamos otro día que ahora se llama hoy. Froté mis ojos con mis manos llenas de grasa tímida y los clavé en los senos radicales de la mujer; yo no podía estar viviendo otra cosa que no perteneciera a esos senos, que sí pertenecían a otra vida.

Me enternecí en su cabello negro, parecido al carbón en su estado bruto. Recordé todo lo que había estudiado de Balzac, Plutarco y don Antonio Machado. Pensé en la vida que me había tocado cuando hicieron la rifa de los destinos. Una vida llena de mentiras como la mía era recompensada con unos senos duros. Dormí tranquilo en ese cuerpo hirviendo en la habitación número cinco de un hotel de pordioseros.

¹. Esta historia recuerda los dilemas filosóficos presentes en tragedias clásicas como Edipo Rey, donde los vínculos familiares y los sueños revelan verdades que destruyen el orden racional.

². Estas referencias ficticias o hiperbólicas a obras inventadas construyen una intertextualidad rica y paródica que remite al estilo de Borges o de Macedonio Fernández.

³. La inscripción en el vagón da un giro de irrealidad temporal, reforzando el efecto de estar en un tiempo suspendido o anacrónico: una técnica que roza el realismo mágico.

⁴. El uso de títulos inventados o irreconocibles acentúa la atmósfera literaria de delirio, desorientación y sabiduría apócrifa, uno de los recursos más sofisticados del narrador.

Crónica del hombre de bata blanca

Le di un beso de esos que producen un sonido triste, remoto y lamentable, como el olvido lacerante de un amor imposible. Fue esta mañana. Caminaba por Chaguaramos y recordaba una canción bonita de un cantante poco conocido en Puerto Príncipe. Sé que te encantará, porque su voz es bella y la canción proponía arrancarse el corazón y colocarse uno de concreto¹.

Le di un beso; te contaré cómo ocurrió. Acompañé a Verónica Jácome a recoger un libro de fisiología en la biblioteca, y allí estaban varios amigos viejos y entrañables hablando del único tema posible entre los refugiados: ¿cuándo regresar a la república?

Yo pensé alguna vez, o varias veces, salir una mañana soleada o con lluvia, pensé en salir de este país amable y buscar otro refugio. No lo hice porque le prometí a mi padre terminar la carrera de medicina y he creído ser un hombre de palabra. No podía irme estando ya en tercer año.

¿Qué es la vida de un refugiado? Un refugiado político es un hombre que, por razones ajenas a su voluntad, tiene que abandonar su lugar de nacimiento y ocultarse en otro lugar

—un lugar extranjero— o vivir en su propio país en calidad de clandestino. Pero, ¿por qué vivir clandestino en el lugar donde se ha nacido²?

Calma, lo contaré todo.

Salí con Verónica Jácome de la biblioteca y encontré a esa muchacha que me hizo feliz. Tuve suerte de compartir pedazos de vida refugiada con ella; tuve mucha suerte. Seguimos por la calle del centro de salud, y mi mano daba golpes inocentes

repletos de azúcar maravillosa cuando rozaba, con toda la paz del mundo, la mano transparente de la mujer a quien le di un beso de esos que producen un sonido triste, remoto y lamentable.

En una esquina desierta, Verónica Jácome se despidió con la altura de un oficial de servicio diplomático, y Rosita Lozano, la mujer más bella de este mundo, siguió la marcha conmigo, segura de irrumpir en mi vida fea de refugiado para imprimir momentos dignos que hicieran vivible una vida que no había sido diseñada para mí.

Era de noche. La luz de la luna soltaba una ráfaga vaga sobre un camino real; nos permitía contemplar los jardines florecientes e inocentes de la noche joven.

Me agradaba caminar con Rosita Lozano. Antes de comenzar la carrera de medicina —mucho antes de abortar mi proyecto loco de ser guerrillero en una guerra inconclusa, antes de leer la Biblia con la planificación que me enseñó la madre de mi madre— recordé los pormenores de nuestra desdicha común, en una república como la nuestra, perseguida y ofendida por todos los demonios menos pensados³.

En alguna parte, saltaban cocuyos con lucecitas amables y eróticamente vestidas de verde claro, borrachas de ese fulgor cálido de los amores perdidos.

Estaba acostada en un catre amarillo, con un plato con agua en cada pata para que las hormigas no hicieran nido en el desorden magistral de ese catre escandaloso. La luz de la luna bañaba parte de su cabello postizo y dejaba el rostro abierto, donde se podía apreciar la personificación de la belleza.

—¿Qué opinas del nuevo gobierno?

—No me gusta la política, Rosita. Todos los gobiernos son iguales⁴.

- ^{1.} La canción ficticia sobre reemplazar el corazón por uno de concreto representa la desensibilización emocional como estrategia de supervivencia afectiva ante las heridas del exilio.
- ^{2.} La pregunta sobre vivir clandestino en el país natal es un poderoso cuestionamiento político que alude a regímenes que expulsan simbólicamente a sus ciudadanos. El texto parece aludir a contextos dictatoriales de América Latina.
- ^{3.} La mención de una “guerra inconclusa” y el aprendizaje de la Biblia por tradición familiar crea una tensión entre ideología revolucionaria y espiritualidad heredada.
- ^{4.} Esta respuesta refleja el desencanto político generalizado en los discursos postdictatoriales o de refugiados: un escepticismo radical ante todo proyecto institucional.

Regreso de Haití

Primera Parte

Si no quiso, por modestia o por la grotesca imagen del orgullo disfrazado, que escribiera su nombre en estos apuntes, he decidido, como corresponde a la obra de una pluma no vulgar, llamarle como le he llamado en otra parte: Renzua Andrés¹. Porque en el fondo enfrentó a muchos con pocos, de allí la grotesca imagen del orgullo disfrazado. Así, después de algún tiempo, trató de recordar lo que había vivido o mal vivido el año anterior en Bucaramanga.

Se acostumbró a no tragar entero y quiso, en la vida, rechazar toda imposición arbitraria. Los apuntes que a continuación incorporo están tal como los contó Renzua Andrés el día que decidió hablar conmigo.

"Ahora, regresando a lo que te contaba ayer, por cierto, ¿te gustó el pescado? ¿Qué tal el vino? Bueno, mira, Torrado, mi papá era un viejo del interior del país, buena gente, era camionero el pobre. Luego instaló un consultorio, pero hablamos de esas cosas otro día; a mí me ponen triste esas cosas, soy un completo llorón. Agradezco tu visita. Fíjate, aunque no había entrado a la universidad, trabajaba como secretario interno del Gobernador. El sueldo no era malo, pero renuncié a mi puesto cuando descubrí que mi jefe tenía una inclinación sexual diferente. No era que yo estuviera en desacuerdo con su inclinación, lo que ocurrió es que en un cóctel bajó su mano de la mesa y me tocó el palo². Yo, a su vez, retiré su mano y esperé la ocasión de irme. Al día siguiente, que era lunes, encontré un paquete sobre el escritorio. Tenía un mensaje que me causó hilaridad. Decía: "Perdona mi impertinencia, ya sé que no eres un muchacho fácil." En medio de tanto conflicto político, no sabe uno qué hacer en ciertos sobresaltos.

Mi padre se molestó por mi renuncia a mi primer trabajo. Desde que había cerrado el consultorio, nos bandeábamos con mi puesto en la gobernación y con lo que mi hermana mandaba de Bélgica, y posterior a esto, con los aportes del Partido de los Trabajadores. Quise salir del país. Mi amor con Beatriz estaba ahogado. Fue cuando llegué a México. Tuve un percance en Tijuana y fui deportado. Años después me hice anotar en una delegación presidencial y fui recibido con honores militares en Guadalajara. Cuando me instalé en Bucaramanga, me vinculé a una revista local. Mis colaboraciones eran mínimas. Se limitaban a una recopilación de leyendas populares y a registrar, según mi juicio, quién sería el próximo vencedor en el campeonato local de boxeo.

Mis amores con Magnolia, Torrado, son mis mejores amores. Ella, lo sé, a veces trataba de amarme. No obstante, tenía serios compromisos. Esos compromisos en parte impidieron que nos uniéramos.

Alquilaban, cerca de la Avenida Urdaneta, dos habitaciones. Las tomé. Allí concretamos, hasta donde fue posible, nuestro amor. Duró poco. Independientemente de lo bien que cocinaba, poco a poco fue haciendo que mi amor por ella se muriera. Nos amábamos todo el día. En muchas ocasiones fuimos al mar. Y ella no perdonaba detalle para sacarme de quicio. Trataba de comprenderla, pero era inútil. Cuando íbamos a las habitaciones, nos amábamos, y a los pocos minutos entrábamos en una discusión dañina.

Figúrate; bien enamorado, ya por esos días debía dos meses de renta, un exilio atroz, cuando desayunaba no almorzaba, y cuando almorzaba no desayunaba; la cena siempre comprometida, sin un centavo mío en los bolsillos, con un pantalón que fue azul y que ahora no se sabía de qué color era, unos tenis que otrora representaron el blanco y que ahora parecían desacreditar el marrón. Y de complemento, Magnolia.

Yo la amaba. No era fea. Tenía buenas piernas y una retaguardia admirable. La mirada era lo que más atraía; parecía que estuviera llorando así estuviera en su mejor estado de ánimo. Era propietaria de aquello inexplicable, de aquello que tú sabes que te están mintiendo, y sin embargo, sigues creyendo con ceguera lo que te dice. Después de todo, las pocas veces que la tuve en las habitaciones, descubrí que, luego del amor, le fascinaba introducir su dedo del medio en lugares incómodos. Ese era otro de los puntos que me tenían cautivo. Si la cuadraba de lado, retrocedía con la mayor ternura, y si la cuadraba de frente, me pelaba con el hueso. Todo ello impedía que la dejara. Y más porque le gustaba dormir abrazada; a veces me daba la espalda, pero me dejaba el jopo en disposición de ataque y la conectaba en retirada. No es que todo fuera sexo. Entre otras cosas, era trabajadora e inteligente. Cualquier hombre podía ser feliz con ella. Estaba preparada para todos los tiempos.

Yo la conocí en Ayacucho, en un velorio, y ella quiso, aun con sus compromisos, venir a Caracas. La primera etapa fue buena, pero luego, ella comenzó a observar mis injustificables defectos y yo comencé a observar los suyos. Hasta hoy no sé qué pasó. "Dios tiene alguien mejor para ella y alguien mejor para ti", dijo mi madre. Pero recordando todo ese conflicto feo con Magnolia, albergaba la esperanza de buscar un lugar menos lúgubre. Estaba decidido a vivir en un lugar distinto al tugurio de mi mala fortuna³. Me había convertido en un hombre terco y reticente. La retracción frente a la alegría era mi desdicha. Necesitaba un motivo fuerte para luchar, un motivo que lo confirmara un método primitivo, probado por el peso de los años. A veces actuaba como un esclavo que se ha dado a la fuga.

Lejos de todo el mal que nos causamos con Magnolia, sería injusto no contarte el bien que nos hicimos. Ella era de una madera diferente. Tenía el poder de convencer. Supimos valorar cada chavo que caía en nuestras manos. Muchas veces no teníamos para comer, porque no llegaban los recursos o por

alguna captura del enemigo, y ella, como si no pasara nada, enmudecía con esa mirada enigmática y hacía caso omiso de la situación. Es imposible describirte, Torrado, lo que me hacía sentir cuando asumía esa posición. Era inmutable. Sabía a ciencia cierta que estábamos comiendo mal, pero ella parecía no darse cuenta de la realidad. Por esos días apretados, salía con quinientos chavos y regresaba con una maracuyá porque sabía que a mí me gusta el jugo de maracuyá. Hoy es difícil realizar esa hazaña.

Pensé que lo daba todo. Estaba equivocado. Le reclamaba las medicinas a una vecina, y la anciana le daba a Magnolia mil chavos por la diligencia. Esto lo hacía dos veces por semana. Magnolia estiraba hasta donde era posible esos dos mil chavos. De manera, Torrado, que no fue fácil para mí, con ese tipo de gestos, asumir que Magnolia ya no estaba. No estaba para mí, por supuesto. ¿Más vino, Torrado? (Le digo que sí, pero en realidad, me hubiera gustado un habano).

En múltiples oportunidades nos separamos (continúa), pero, o ella me buscaba a mí, o yo la buscaba a ella. Así estuvimos durante un tiempo. Luego caímos en la cuenta de que lo mejor era capitular y tomar otro camino. Entonces, yo no dormía. Todo resultaba estéril para mí. No tenía sosiego. Se hubiera dicho que estaba muerto en vida. Yo sabía de mis compromisos, sabía de mi profundo interés en que la realidad de mi país fuera otra, pero la sombra de Magnolia no me dejaba tranquilo. Es imposible hacer política estando enamorado. La estrategia no se cocina bien cuando estamos pensando en cómo llegar al poder y en cómo llegar al amor.

No fui capaz de distinguir mi mal comportamiento con ella. A veces me imaginaba cosas que en realidad no eran ciertas. Si Magnolia decía: "¿Cómo amaneciste hoy?", yo interpretaba: "Tenías tiempo que no amanecías de mal humor". Era un cambio en el orden y uso de las palabras. Y era fijo que esa situación diera pie a un nuevo desacuerdo.

Luego de una corta estadía en Buenos Aires, Renzua Andrés recibió noticias de Martín Barbosa. Aquella amistad nació cuando el ejército masacró a ochenta campesinos en una región cercana a Urabá⁴. Martín Barbosa desarrollaba actividades en una oficina de Derechos Humanos en Suecia, y le extendió una invitación a Renzua Andrés para visitar el lugar del crimen. Después de que abandonó el puesto de la gobernación y el de la revista, se sintió desplazado dentro de su propio país; fue cuando marchó a Caracas. La revista en Bucaramanga se desintegró y él, como consecuencia, quedó en la calle.

Un cierto evento en Cuba le permitió estar dos meses en La Habana. Allí conoció a Mario Briceño, que escribió Tristes lugares⁵, también conoció a Esteban Rosso, el gran pintor español, y, por supuesto, a Marco Villamizar. El evento en Cuba concluyó y se vio en la obligación de regresar a su país. Recuerda con mucho dolor su salida de Cuba. Siendo de un pueblo con calor de todo tipo, encontrarse en Cuba resultó para él una verdadera bendición.

Quiso hablar con Manuel, pero este salía a una actividad oficial al sur de México. Venía, en el viaje de vuelta a Bucaramanga, con una profunda tristeza. Regresó para partir. Había que buscar en el futuro su legado soterrado. Trató de buscar una ciruela que le ayudara a olvidar el desbordado río de su cerebro.

A su regreso de Cuba, vio por segunda vez a Magnolia. Durante los primeros días en Caracas quiso conocer la ciudad desde el principio, recorriendo los bares, buscando amores de adioses y bienvenidas, repletos de Rompe Saragüey⁶. En ese periodo no conciliaba el sueño. Sus discrepancias con Magnolia le tenían la existencia enredada. Está agradecido porque muchas veces pensó que había llegado el final, pero, como cosa extraña, surgía una salida. Después del amor, entendía que la felicidad era posible. Solo era cuestión de aceptarse y punto. Pero le resultaba difícil hacerlo. Pensó en proponerle un

tiempo. Este proyecto se desvanecía por el simple hecho de estar un tiempo sin ella.

Él lo cuenta así: "Cualquier problema lo podíamos sortear juntos. Hasta la fecha no sé qué razón de fondo contribuyó a que nos separáramos. Hicimos incluso algunos planes apenas normales: ¿cómo íbamos a construir la casa? ¿Cómo se iban a llamar nuestros hijos? ¿Si íbamos a vivir en La Habana, en Caracas o en Bucaramanga? Todo ello se esfumó.

Recuerdo bien un día en La Guaira, estábamos acostados en la arena, y mientras nos amábamos, pensaba dentro de mí: 'sí, esa sería la última vez'".

Cuando José Luis Vázquez asumió el poder, Renzua Andrés estaba en Bucaramanga, y observó la maniobra que utilizó Vázquez para quedarse con el poder. Fingió un atentado terrorista en plena campaña, cerca de un pacífico sector de pescadores en Barranquilla llamado Caño de la Auyama, asesinando con ese vil mecanismo a muchos pescadores⁷. Luego, una vez instalado en el poder, utilizó otra vil maniobra y le dijo a cuarenta y tres millones de ciudadanos que derrotaría a la insurgencia popular que operaba en su país. Estos hechos transformaron el país en poco más de dos años en el país con uno de los índices más altos de muertes violentas de defensores de derechos humanos en el mundo. Y uno de los índices más altos de muertes violentas de periodistas⁸.

En la época en que Renzua Andrés llegó de México (cuando fue deportado), ocurrió algo en las habitaciones cerca de la Avenida Urdaneta que de una u otra forma afectó el curso de sus días. Había visitado la Plaza Bolívar para encontrarse con un conocido, y, sin saber de dónde, tenía la sospecha de que lo observaban. No le prestó atención y continuó sin preocuparse, esperando al conocido. Alguien tocó su hombro. Era Magnolia. Renzua Andrés le contó a quién esperaba. El conocido no tardó. Una vez terminado el encuentro

con el conocido, Renzua Andrés se fue con Magnolia a las habitaciones.

Vivía con él un gato llamado Misifú. Subieron por la calle de la Alcaldía y llegaron a la Avenida Urdaneta. Sospechó que espiaban sus habitaciones, porque por sugerencia de Magnolia tenían una clave para entrar. Primero, colocaban un pañuelo con dos piedras detrás de la puerta, cosa que si entraban, rodara el pañuelo. Pero cambiaron de forma. Misifú tomó por juguete el pañuelo. Magnolia, a raíz de ello, cambió de táctica. Un frasco de perfume vacío puesto en un lugar discreto fue el reemplazo. Lo instaló en lugar del pañuelo.

Ese día el frasco no estaba en su sitio. Encendieron la luz y encontraron una niña sentada en la cama. Magnolia se encogió de hombros. Por un momento, Renzua Andrés pensó que se trataba de una de las hijas de la dueña de las habitaciones, pero luego, como algo fugaz que se estrelló en su cerebro, cayó en la cuenta de que era imposible, porque era tiempo de receso escolar y las hijas de la señora estaban en la costa.

Renzua Andrés vio cerca de los pies de la niña un bolso. La niña sostenía un pedazo de pan en la mano izquierda. Y también notó cómo había estado arrojando migajas de pan a Misifú. No sabía de qué se trataba todo esto. Quiso preguntarle a la niña de dónde venía, y cómo había hecho para llegar a las habitaciones, o si conocía a alguien en el edificio. Pero faltaba mirarle los ojos para descubrir que hubiera sido superfluo. Tenía la mirada fija en algo sin poder determinar qué podía ser. Los ojos vidriosos, las manos delgaditas y, mientras Magnolia y Renzua Andrés la miraban, trataba de empuñar el pan, como si de este dependiera su vida. Entonces, la niña rompió en llanto. Magnolia se acercó, la tomó de la mano y le preguntó si podía decir su nombre. No respondió nada; sin embargo, después de un silencio general, dijo, como entre dientes, "Lili".

Renzua Andrés caminaba por la habitación, estupefacto.

—“Siéntate” —le dijo Magnolia. Tenían en las habitaciones un taburete, y desde allí continuó Renzua Andrés, expectante, a ver qué ocurría. La niña llevaba un vestido enterizo rosado y un ganchito, también rosado, en el cabello. Era una niña con facciones por definir, ya que no representaba más de siete años. No obstante, en términos concretos, era bella. Se hubiera dicho que era un ángel.

Renzua Andrés quiso, como de un impulso, saber quién era y por qué se encontraba allí. Fue cuando la niña dijo que necesitaba un baño. Magnolia le mostró el baño. La niña se levantó temblorosa de la cama y se dirigió al baño. No la volvieron a ver. Abrió la ventana del baño y se fue por las escaleras del piso contiguo.

Observaron, como era natural, que había abandonado el bolso. Renzua Andrés, sin saber de qué se trataba, vació el bolso sobre la cama y se percataron de lo que había. Había un Nuevo Testamento, cuatro monedas, una novela de Dostoievski y una libreta sin usar. No sabían qué hacer. Era la una y tantos de la madrugada.

Seis años después de ocurrir esto, en un hotel de Buenos Aires, se le acercó a Renzua Andrés una rubia de tres décadas y media (según le dijo), y, sin preguntar nada, manifestó que en la suite 208 había un señor que deseaba hablarle. Como estaban por publicar un texto escrito por él, texto que había nacido para ser adaptado al cine, creyó que se trataba del editor.

Pensando en esa hipótesis, Renzua Andrés fue hasta la suite. Estaba equivocado. Era el marido de la rubia, que deseaba invitarlo a un paseo en yate. Renzua Andrés trató de buscar en sus recuerdos si era un proveedor millonario de los tantos que negocian con la gobernación, y tal vez, en sus días de secretario, lo había conocido y ahora no lo recordaba. Lo cierto es que tanto el millonario como la rubia se desbordaban en atenciones.

Renzua Andrés empezó a sospechar. Gonzalo, se llamaba el hombre, era dueño de buques de pesca y otras compañías

francesas, porque el hombre era francés. Renzua Andrés pensó en el sabio dicho de su tierra: "si ven un rico comiendo con un pobre todo el día, el rico le debe al pobre, o es del pobre la comida"⁹.

Renzua Andrés se encontraba en ese hotel porque, por esos días, el gran escritor Jorge Fuenmayor estaba de amores con Claudia, sobrina del canciller, y Jorge le había conseguido hospedaje seguro para que no pensara en otra cosa que en Guerra de Changó y cuartillas del enojo, que estaba entonces escribiendo. Comprendió que la propuesta de Gonzalo era "dulce", pero era necesario obviarla para continuar con el trabajo.

Renzua Andrés bailó con la rubia y sintió inundar sus ojos de lágrimas; cuando esta le mostró los dientes, experimentó el temor congénito de haber sufrido una mala noche con una risa como aquella, porque la boca risueña brotaba sangre. Estuvieron hasta las cuatro de la madrugada, cuando el millonario comenzó a decir que, fuera de él, no había en el mundo quien jugara golf. Fue entonces cuando Renzua Andrés dejó Buenos Aires.

¹. El personaje “Renzua Andrés” parece tener una identidad ficcional deliberadamente ambigua. El narrador insiste en no revelar el verdadero nombre, lo que sugiere una narrativa basada en experiencias personales encubiertas.

². La referencia a “el palo” y la situación con el gobernador puede interpretarse como una crítica satírica a las jerarquías de poder dentro de la política regional, y cómo se mezcla lo privado con lo público en contextos de subordinación.

³. La idea del “tugurio de mi mala fortuna” se relaciona con el motivo del exilio interior, común en narrativas de desencanto político y afectivo.

⁴. La masacre de campesinos en Urabá alude a hechos ocurridos en la década de 1990 y 2000, en los que fuerzas paramilitares y militares fueron acusadas de crímenes de lesa humanidad en el contexto del conflicto colombiano.

⁵. Tristes lugares podría hacer referencia a un texto apócrifo o ficcional del universo narrativo creado por el autor, pues no se encuentra referencia directa en el canon literario hispanoamericano, aunque el nombre remite al tono melancólico de la literatura testimonial.

⁶. Rompe Saragüey es una bebida alcohólica artesanal conocida en zonas populares de Venezuela y Colombia. Es un símbolo de marginalidad y resistencia popular.

⁷. Este hecho se inspira en estrategias reales empleadas por gobiernos autoritarios para justificar medidas de represión, como la doctrina del “enemigo interno”. El uso de atentados simulados es una táctica documentada en distintos contextos latinoamericanos.

⁸. En los años 2018–2021, países como Colombia, México y Brasil encabezaron las listas de países con mayor número de asesinatos a defensores de derechos humanos y periodistas.

⁹. Esta frase se encuentra en la tradición oral de la costa Caribe colombiana y aparece en diversas versiones del vallenato clásico, especialmente en canciones populares interpretadas por Enrique Díaz y Máximo Movil. Su sentido expresa desconfianza frente a las relaciones cercanas entre personas de distinta condición: si un rico pasa demasiado tiempo con un pobre, hay un interés oculto.

Segunda Parte

Luego de una corta estadía en Buenos Aires, Renzua Andrés recibió noticias de Martín Barbosa. Aquella amistad nació cuando el ejército masacró a ochenta campesinos en una región cercana a Urabá. Martín Barbosa desarrollaba actividades en una oficina de Derechos Humanos en Suecia, y le extendió una invitación a Renzua Andrés para visitar el lugar del crimen.

Pero los días que Renzua Andrés pasó en Caracas, cada vez estaba más seguro, representaron en su fuero interno un montón de cosas bellas. Conoció a dos representantes del Congreso de su país: Alexander Bayona y Arnulfo López. Entabló diálogo con Juan Fuentes.

Entonces, todos los que estaban en el exilio organizaron un evento para generar apoyo internacional en una posible agenda de paz en el plano interno; cuadraron una reunión con la vicepresidencia. Renzua Andrés no estuvo en esa reunión, pero estuvo Mohamed Jattin, que era como si estuviera él¹⁰.

La agenda del evento para generar apoyo internacional se desarrolló como sigue: un sacerdote progresista entrevistó para un periódico local a los representantes del Congreso, hubo un desayuno de trabajo en el hotel El Conde, un evento de masas en Petare, una entrevista de los senadores con el vicepresidente de la República, una visita de los parlamentarios a la cadena radial de mayor audiencia en Venezuela y una despedida protocolar en el aeropuerto de Maiquetía.

¹⁰. Esta frase (“era como si estuviera él”) sugiere una profunda afinidad política e ideológica entre Renzua Andrés y Mohamed Jattin. Este último actúa como una especie de alter ego del primero en espacios donde su presencia física no era posible, una figura común en relatos donde la representación es simbólica o espiritual.

Índice

Prólogos

- I. Prólogo original – Primera edición (2014)
- II. Prólogo del primer editor
- III. Prólogo del autor – Segunda edición
- IV. Prólogo de la Asociación Jorge Adolfo Freyter Romero

Cuentos

- 1. Haití
- 2. Claveles para un entierro cualquiera
- 3. Sueño aturdido o la desesperación del escritor
- 4. Un día para tocar el resorte de oro
- 5. Augusto Noriega
- 6. El último hijo del millonario pobre (Diario de hospital)
- 7. Siete y la mujer no es del cineasta
- 8. La mujer del tren de las cinco
- 9. Crónica del hombre de bata blanca
- 10. Regreso de Haití

Mauricio Andrés Pabón Lozano nació el 30 de julio de 1979 en Agustín Codazzi, municipio del departamento del Cesar, Colombia, donde transcurrieron sus primeros años.

Posteriormente, se trasladó a Venezuela, donde inició estudios en la Escuela Latinoamericana de Medicina. Poco después, suspendió su formación médica y residió durante varios años en Brasil y Guyana, etapa en la que cultivó su escritura.

Se desempeñó como coproductor en la cadena radial YVKE Mundial de Caracas. Es licenciado en Estudios Jurídicos por la Universidad Bolivariana de Venezuela. En febrero de 2014 publicó su primer libro de cuentos, Claveles para un entierro cualquiera, bajo el sello editorial El Perro y la Rana, obra que fue bien recibida por la crítica y el público. La presente edición, ampliada y comentada, ha sido realizada por la Sección Cultural de la Asociación Jorge Adolfo Freytter Romero.

Su trabajo forma parte de la Antología Narrativa de la Biblioteca Rafael Carrillo Lúquez, publicada en Valledupar, Colombia, en 2017. En 2018, fue nominado al Premio Nacional a la Defensa de los Derechos Humanos en Colombia, otorgado por Diakonia y la Iglesia Noruega.

Ha residido en Haití, Grecia, Bélgica, España e Italia. Actualmente cursa un Máster en Derecho Ambiental en la Universidad del País Vasco, donde vive. Es colaborador de los medios Rebelión y Gara-Naiz.

